

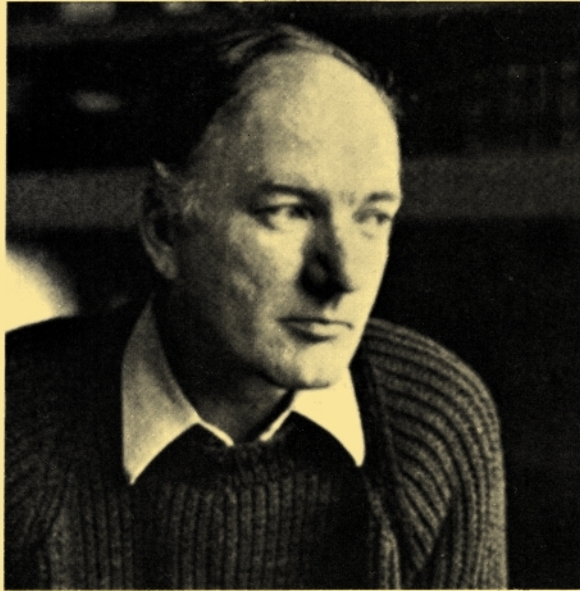
THOMAS
BERNHARD

El frío



Panorama de narrativas

Editorial Anagrama



Thomas Bernhard nació en Heerlen (Holanda) en 1931. Hijo de un agricultor austriaco, cursó estudios secundarios en Salzburgo, donde más tarde estudió violín, canto y musicología. Su primer libro de poemas apareció en 1957, al que siguió un libro sobre ballet. Ha escrito numerosas obras de teatro, representadas desde 1960, así como argumentos cinematográficos.

Su obra como novelista —que le ha acreditado como uno de los mayores escritores contemporáneos y le valió en 1970 el premio Georg Büchner, la más importante recompensa literaria de Alemania Occidental— se está empezando a difundir en España, donde se han publicado ya varias de sus novelas, como *Trastorno*, *Sí*, *Corrección*, *La Calera*. En «Panorama de narrativas» se están dando a conocer sus textos autobiográficos, que constituyen su obra más significativa y ambiciosa: «Una de las grandes autobiografías del siglo» (Rolf Michaelis.) Los primeros tomos son *El origen*, *El sótano*, *El aliento* y *El frío*, a los que seguirá *Un niño*.

El frío

Thomas Bernhard

El frío

Un aislamiento

Traducción de Miguel Sáenz



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Die Kälte. Eine Isolation
© Residez Verlag
Salzburg, 1981

Portada:
Julio Vivas
Ilustración de Ángel Jové

© EDITORIAL ANAGRAMA, 1985
Calle de la Cruz, 44
08034 Barcelona

ISBN: 84-339-3072-9
Depósito Legal : B. 42079-1985

Printed in Spain

Diagràfic, S. A. - Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Toda enfermedad puede llamarse
enfermedad del alma.

Novalis

Con la, así llamada, sombra de mi pulmón había caído otra vez una sombra sobre mi existencia. *Grafenhof* era una palabra aterradora, allí imperaban absolutamente y con plena inmunidad el Jefe y su Ayudante y el ayudante de su Ayudante, así como las condiciones, espantosas para un joven como yo, de un establecimiento público para enfermos del pulmón. Buscando ayuda, no me enfrentaba aquí, sin embargo, más que con la falta de esperanza, eso habían mostrado ya los primeros momentos, las primeras horas, todavía más insólitamente los primeros días. El estado de los pacientes no mejoraba, empeoraba con el tiempo, y también el mío, temía, tendría que seguir exactamente el mismo camino de los ingresados antes que yo en *Grafenhof*, en cuyo rostro no podía leer más que la desesperación de su estado, en los que no podía estudiar más que la degeneración. Al dirigirme por primera vez a la capilla, en la que se celebraba diariamente una misa, había podido leer una docena de esquelas en las paredes, textos lacónicos sobre los fallecidos en las últimas semanas, los cuales, como pensé, habían recorrido, exactamente como yo, aquellos pasillos altos y fríos. Con sus batas raídas de la posguerra, sus zapatillas de fieltro gastadas y los cuellos de sus camisones sucios, pasaban con sus cuadros de temperaturas bajo el brazo, por delante de mí, uno tras otro, dirigiéndome recelosamente sus miradas, y su meta era la galería de reposo, un mirador de madera semiderruido al aire libre, adosado al edificio principal y que daba sobre el Heukareck, la montaña de dos mil metros de altura que, durante cuatro meses, proyectaba ininterrumpidamente su sombra de kilómetros de longitud sobre el valle de Schwarzach situado bajo el sanatorio, valle en el que, en esos cuatro meses, no salía el sol. Qué horror más infame imaginó aquí el Creador, había pensado yo, qué forma más repulsiva de miseria humana. Al pasar, aquellos seres, expulsados indudablemente de forma definitiva de la sociedad humana, repulsivos, miserables y como heridos en un orgullo sagrado, iban desenroscando sus pardas botellas de cristal para escupir y escupían dentro, con una solemnidad pérfida, extraían por todas partes, sin vergüenza y con un arte refinado que era sólo suyo, los esputos de sus pulmones carcomidos, escupiéndolos en sus botellas de escupir. Los pasillos estaban llenos de aquel solemne extraer de docenas y docenas de lóbulos pulmonares corroídos y de aquel arrastrar de zapatillas de fieltro por el linóleo embebido en fenol. Se desarrollaba aquí una procesión, que terminaba en la galería de reposo, con una solemnidad como hasta entonces sólo había constatado en los entierros católicos, y cada uno de los participantes en aquella procesión llevaba ante sí su propio ostensorio: la parda botella de cristal para escupir. Cuando el último había llegado a la galería de reposo y se había instalado allí en la larga fila de camas de barrotes oxidados, cuando todos aquellos cuerpos hacía tiempo deformados por la enfermedad, con sus largas narices y sus grandes orejas, con sus largos brazos y sus piernas torcidas, y con su olor penetrante y podrido, se habían envuelto en aquellas mantas gastadas, grises, que olían a humedad y no calentaban ya en absoluto, y a las que sólo podía llamar cobertores, reinaba la calma. Todavía estaba yo allí de pie, en un rincón, desde el que podía verlo todo con la mayor claridad, pero en el que apenas podían descubrirme, *como observador* de una monstruosidad nueva para mí, sí, de una indignidad absoluta, que era sólo repulsiva, la fealdad y la brutalidad elevadas a la máxima potencia, y sin embargo en aquel momento era ya uno de ellos; también yo tenía, en efecto, la botella de escupir en la mano, el cuadro de temperaturas bajo el brazo, también yo iba camino de la galería de reposo. Espantado, buscaba, en la larga fila de las camas de barrotes, la mía, la tercera empezando por el final, entre dos ancianos silenciosos, que durante horas yacían como muertos en sus camas, hasta que de pronto se incorporaban y escupían en sus botellas de escupir. Todos los enfermos producían esputos ininterrumpidamente, la mayoría en grandes cantidades, muchos de ellos no tenían sólo una sino varias botellas de escupir al lado, como si no tuvieran tarea más urgente que producir esputos, como si se animasen mutuamente a una producción cada vez mayor

de esputos, todos los días se celebraba aquí una competición, eso parecía, en la que, por la noche, se llevaba la victoria el que había escupido más concentradamente y en mayor cantidad en su botella de escupir. Tampoco de mí habían esperado los médicos otra cosa que mi participación al momento en aquella competición, pero me esforzaba en vano, no producía ningún esputo, no hacía más que escupir, pero mi botella de escupir permanecía vacía. Durante días enteros había intentado escupir algo en la botella, pero no lo conseguía, tenía la garganta totalmente irritada ya por mis desesperados intentos de escupir, y pronto me dolió como si tuviera un enfriamiento espantoso, pero no producía ni la más mínima cantidad de esputo. Sin embargo, ¿no había recibido la orden médica superior de producir esputos? El laboratorio esperaba, mis esputos, todos en Grafenhof parecían esperar mis esputos, pero yo no los tenía; en definitiva, tenía la voluntad de producir esputos, nada más que esa voluntad, y me ejercitaba en el arte de escupir, estudiando y probando por mí mismo todos los tipos de expectoración que veía a mi lado, detrás y delante de mí, pero no lograba nada, salvo unos dolores de garganta cada vez mayores; toda mi caja torácica parecía inflamada. Al contemplar mi botella de escupir vacía, tenía la opresiva sensación de *fracasar*, y me excitaba cada vez más a una voluntad absoluta de expectoración, a una histeria expectorativa. Mis lamentables intentos de producir expectoración no pasaban inadvertidos, al contrario, tenía la impresión de que la atención entera de todos los pacientes se concentraba en esos intentos míos de producir expectoración. Cuanto más me excitaba en mi histeria de expectoración, tanto más se exacerbaba aquel castigo de la observación por parte de mis compañeros de enfermedad, ellos me castigaban incesantemente con sus miradas y con un arte de la expectoración tanto mayor, al mostrarme en todos los extremos y rincones *cómo* se escupe, *cómo* se excita a los lóbulos pulmonares para extraerles la expectoración, como si desde hacía años ya tocaran un instrumento que se hubiera convertido en suyo propio con el paso del tiempo, sus pulmones, tocaban sus lóbulos pulmonares como un instrumento de cuerda, con virtuosismo sin igual. Aquí yo no tenía ninguna probabilidad, aquella orquesta estaba internamente afinada de una manera avergonzante, habían llevado tan lejos su maestría que hubiera sido absurdo creer que podría tocar con ellos, ya podía tensar y pulsar mis lóbulos pulmonares tanto como quisiera, que sus miradas diabólicas, su recelo péfido y su risa maligna me mostraban incesantemente mi carácter de aficionado, mi incapacidad, mi indigna falta de arte. Los campeones de la especialidad tenían tres o cuatro botellas de expectoración a su lado; mi botella estaba vacía, la desenroscaba una y otra vez desesperado y la volvía a enroscar con decepción. ¡*Tenía que escupir!* Todos me lo exigían. En definitiva, utilicé la fuerza, me produje accesos de tos intensos bastante largos, cada vez más accesos de tos, hasta que finalmente conseguí la maestría en la producción artificial de accesos de tos, y escupí. Escupí en la botella y me precipité con ella al laboratorio. Era inutilizable. Al cabo de tres o cuatro días más, había torturado tanto mis pulmones que, realmente, sacaba tosiendo de mis pulmones una expectoración utilizable, y poco a poco llenaba mi botella hasta la mitad. Seguía siendo un aficionado, pero hacía concebir esperanzas, aceptaron el contenido de mi botella, aunque no sin contemplarlo antes a contraluz con desconfianza. Yo estaba enfermo del pulmón, por lo tanto, ¡tenía que escupir! Sin embargo, no daba *positivo*, y no podía sentirme miembro de pleno derecho de aquella conjura. El desprecio me afectaba profundamente. Todos eran contagiosos, es decir, daban positivo, yo no. Otra vez, y luego un día sí y otro no, me exigían esputos, yo tenía ya la rutina, mis lóbulos pulmonares se habían acostumbrado al martirio, ahora producía esputos con seguridad, media botella por la mañana, media por la tarde, el laboratorio estaba contento. Pero seguía dando *negativo*. Al principio, me pareció, sólo los médicos estaban decepcionados, pero finalmente yo mismo. ¡Algo no iba bien! ¿No podía ser como los otros? ¿Dar *positivo*? Al cabo de cinco semanas lo conseguí, y el resultado fue: *positivo*. De pronto *era* miembro de la comunidad. Mi

tuberculosis pulmonar abierta quedaba confirmada. El contento se extendió entre mis compañeros de enfermedad, y también yo estaba contento. No me daba cuenta en absoluto de la perversión de aquel estado. La satisfacción se veía en los rostros, los médicos se habían tranquilizado. Ahora se tomarían las medidas apropiadas. Nada de operaciones, naturalmente, una medicación. Quizá también un neumo. O una cáustica. Se consideraron todas las posibilidades. Una plástica no la exigía mi estado, no tenía que temer que me quitaran todas las costillas del lado derecho de la caja torácica y me cortaran todo el pulmón. Primero se hace un neumo, pensé. Si el neumo no basta, viene la cáustica. Y a la cáustica sigue la plástica. Al fin y al cabo, ahora había alcanzado un alto grado en la ciencia de las enfermedades pulmonares, estaba informado. Se empezaba siempre por el neumo. Diariamente había docenas esperando que los llenaran de aire. Era cosa de rutina, como pude ver; todos eran conectados una y otra vez a unos tubos, les pinchaban, algo cotidiano. Comenzarían por un tratamiento con estreptomina, pensé. Realmente, el hecho de que diera positivo había sido acogido con satisfacción por mis compañeros de enfermedad. Habían conseguido lo que querían: nada de extraños. Ahora era digno de estar entre ellos. Aunque sólo había recibido las *órdenes menores*, era sin embargo, en cierto modo, su igual. De repente tenía como ellos mejillas hundidas, la nariz larga, grandes orejas, el vientre hinchado. Yo pertenecía a la categoría de los demacrados y no a la de los hinchados. Al principio, los enfermos del pulmón están demacrados, luego hinchados, luego otra vez demacrados. La enfermedad va de la demacración a la demacración pasando por la hinchazón. Cuando sobreviene la muerte, todos están ya completamente demacrados. Yo llevaba ya muy hábilmente el traje del establecimiento, arrastraba los pies como ellos, con mis zapatillas de fieltro, por los pasillos, incluso tosía de repente donde estuviera, sin vergüenza ni miramientos, daba igual que estuviera solo o no, y me descubría a mí mismo en tantos abandonos e incorrecciones y hasta cosas imposibles, que poco antes me hubieran llamado la atención en los otros como absolutamente inaceptables y repugnantes. Ya que estaba allí, quería pertenecer a aquella comunidad, aunque se tratase de la comunidad más horrible y espantosa que quepa imaginar. ¿Tenía otra elección? ¿No era lógico que hubiera ido a parar allí? ¿No había estado toda mi vida anterior construida hacia aquel Grafenho? ¡Yo también era una víctima de la guerra! Me hundía, y no había escatimado medios para ese hundimiento. Aquí se moría y nada más, y yo me preparaba para ello, no era una excepción. Lo que tres o cuatro semanas antes había considerado aún imposible, lo había conseguido: ser como ellos. Pero ¿era eso verdad? Reprimí esos pensamientos y me preparé para la comunidad de la muerte, lo había perdido todo menos el estar aquí. No tenía otra opción que renunciar a mí por ese deber dominante, renunciar por completo por el hecho de ser un enfermo del pulmón, con todas las consecuencias, sin posibilidad de retroceso. Tenía una cama en el dormitorio, un armario en el pasillo, otra cama en la galería de reposo, un sitio en el comedor. No tenía nada más, si prescindía de los recuerdos. Ansiosamente miraba a mi alrededor buscando algún compañero de sufrimiento al que hubiera podido abrirme, pero no encontré ninguno, por lo menos en las primeras semanas. No hubiera tenido el menor sentido defenderse contra aquella evolución natural; sencillamente, tenía que aceptar el color gris que aquí reinaba, para poder soportarlo, hacerme igual. Cuando llegaba alguien nuevo, observaba su evolución tan recelosamente como mis predecesores habían observado mi evolución, con la insistencia fría y sin escrúpulos de la víctima que no tolera privilegios. Cómo se convierte un ser humano en una criatura indigna, que no puede reconocerse ya como ser humano. Ahora tenía la posibilidad, eso pensaba, de contagiar a los sanos, un poder del que están dotados desde siempre todos los enfermos de pulmón, todos los portadores de enfermedades contagiosas, el mismo poder que hasta entonces había aborrecido en todos los que, con sus miradas, con su bajeza, con su alegría por el mal ajeno, me habían acosado y perseguido. ¡Ahora yo también podía toser y suponer que

aniquilaba una existencia! ¿No pensaba exactamente igual que ellos? De pronto odiaba todo lo que era sano. Mi odio se orientó en un momento a todo lo que estaba fuera de Grafenhof, a todo lo que había en el mundo, hasta a mi propia familia. Pero ese odio se extinguió pronto, porque aquí no tenía alimento, aquí todo estaba enfermo, separado de la vida, excluido, concentrado en la muerte, orientado a ella. Cincuenta años antes, sin titubear, todos hubieran dicho: *marcado por la muerte*. El mundo exterior se había alejado hacía tiempo, no era perceptible ya en absoluto, lo que ocurría dentro de aquellos muros era algo tan decrepito que sólo podía considerarse ya como una baja mentira, noticias escasas y sin efecto. Continentes enteros hubieran podido explotar; aquí, donde reinaba la escupidera, eso no hubiera despertado ningún interés. Todo se concentraba en la producción de esputos, en un inspirar y espirar torturantes y al mismo tiempo artísticos, en el miedo a la terapia, el miedo a la operación, el miedo a la muerte cotidianos. Y cómo se congraciaban con los médicos, sobre todo con el Jefe. En ese aspecto yo no tenía ninguna probabilidad, un delgado aprendiz de comercio, con el rostro lleno de granos, un anónimo de dieciocho años sin la menor fama, desprovisto de toda recomendación, hospitalizado por el seguro de enfermedad regional y llegado con un equipaje que sólo había merecido el mayor desprecio: una vieja maleta de cartón de la guerra, dos pantalones americanos baratos y gastados, dos camisas de soldado muy lavadas, calcetines zurcidos, y en los pies zapatillas de deporte destrozadas. La chaqueta regional de mi abuelo había sido mi prenda de gala, y no debo olvidar la transcripción para piano de la *Flauta mágica* y de la *Creación* de Haydn. Una ojeada bastó para que me instalaran en la menos considerada de todas las salas, la mayor del ala norte, con sus doce camas, en las que se encontraban los que todavía hoy se califican de desheredados: peones, aprendices. En aquella sala, sin embargo, estaba un supuesto doctor en Derecho, que pasaba por haber caído muy bajo. Sólo poco a poco me expliqué que estuviera allí. Cada uno tenía un armario en el pasillo, y al final de éste había dos retretes para unos ochenta hombres y un solo cuarto de baño, y cualquiera puede imaginarse las apreturas por la mañana, cuando los ochenta, casi al mismo tiempo, se precipitaban a los retretes y al cuarto de baño; reinaba el caos, pero el hombre se acostumbra con asombrosa rapidez a hechos de esa naturaleza si se repiten diariamente, necesita tres o cuatro días, y entonces conoce el mecanismo, no tiene opción, se somete, colabora, no llama ya la atención. El individualista es descubierto y matado lentamente. Como cerdos en el comedero se apretaban los enfermos contra las conducciones del agua del cuarto de baño, y los más fuertes rechazaban sencillamente a los más débiles, los grifos del agua estaban cada mañana, una y otra vez, en posesión de las mismas personas, pisotones, golpes en partes blandas dejaban libre el camino, al momento, a aquellos fanáticos del cuarto de baño; los enfermos del pulmón desarrollan, en caso de necesidad, unas fuerzas físicas inquietantes. El miedo a la muerte los fortalece, convierte la brutalidad en principio; el excluido, el candidato a la muerte, no tiene nada que perder. Les importaba más refrescar que limpiar el cuerpo. Muchos no entraban en el cuarto de baño más que una vez por semana, otros más raramente aún, naturalmente antes de los reconocimientos, porque allí tenían que presentarse limpios, pero la limpieza es, como todo lo demás, un concepto relativo. El olor de las salas y de todo el sanatorio no estaba hecho para hombres delicados, y era el que correspondía al gris que reinaba. Por eso las batas de médico, blancas como la nieve, resultaban tanto más llamativas. La visita médica era a las nueve, el triunvirato médico aparecía en la entrada de la galería de reposo, y las cabezas de los pacientes, que habían estado alzadas, caían automáticamente hacia atrás, la tabla de reposo quedaba inmóvil. Con las manos en jarras, el Jefe decidía las terapias y ordenaba los medicamentos, yendo de cama en cama. A veces se inclinaba hacia adelante y daba golpecitos a algún paciente en el pecho, la vista de un cuadro de temperaturas provocaba en él muy a menudo una carcajada que llenaba el valle. Con sus distinguidos colegas sólo conversaba en murmullos. Con mucho

más de setenta años, rechoncho, grasiento, tenía un severo porte militar y consideraba también a los enfermos como soldados rasos, a los que podía tratar como quisiera. Aquí había sido ya Jefe durante la guerra y, aunque nacionalsocialista, no lo habían mandado al diablo al terminar la guerra, probablemente porque no había ningún sustituto. De aquel hombre no podía esperar nada, había pensado yo desde el primer momento, y mi primera impresión se había confirmado cada día más. En fin de cuentas, estuve durante años a la merced de aquel hombre estúpido, vil en el sentido más auténtico de la palabra. Sus ayudantes le obedecían sin condiciones, no hubiera podido desear mejores esbirros. El Ayudante y el Segundo no eran más que receptores de órdenes de un hombre pérfido, que consideraba el sanatorio como un establecimiento penitenciario y lo dirigía también como un establecimiento penitenciario. Yo no confiaba en aquel hombre, aunque, como es natural también, en las primeras semanas aquí no había estado aún en condiciones de juzgar sus conocimientos médicos, por no hablar de evaluarlos correctamente. Sin embargo, demasiado pronto se revelaría lo que había que pensar del carácter y del arte médico del Jefe, pero eso se explicará por sí solo en el curso de este relato. Desde el principio, había intentado tener una conversación con el Jefe, pero todos aquellos intentos realmente desesperados por mi parte los había ahogado inmediatamente en la cuna aquel médico y director; sólo exigía que yo escupiera, y estaba irritado porque, durante semanas, no se me pudo sacar ningún esputo. El era un personaje desgraciado que había errado su profesión y que además, por las circunstancias de la vida, había sido trasladado a una comarca inculta, fría y embrutecedora, en la que tuvo que degenerar y, como es natural, ser finalmente destruido. También aquellos médicos me resultaban *siniestros*, como los que había conocido ya antes de ellos; desconfiaba profundamente y, según creo, con razón. Todo lo que había en ellos lo observaba yo con la mayor penetración posible, con una atención absoluta, de forma que no se me escapaban, no había huida para ellos. Desde el principio me resultó evidente que tenía que vérmelas con ejemplares primitivos de su gremio, pero tuve que esperar. A mi triunvirato le faltaba casi todo lo que puede pedirse a un médico, no sólo no podía esperar nada de ellos, sino que tenía que estar también, ése fue mi pensamiento, ininterrumpidamente en guardia contra ellos, no sabía naturalmente a cuántos tenían ya sobre la conciencia, y me prescribí vigilancia, la mayor atención, la máxima reserva. Por joven que fuera aún, era también un escéptico de formación sólida, hecho a todo y siempre a lo peor. Esa virtud la considero todavía hoy como mi mayor virtud. El paciente tiene que depender sólo de sí mismo, eso lo sabía, de fuera no tenía casi nada que esperar, tenía que adiestrarse sobre todo en rechazar, en impedir, en frustrar. Mi abuelo, mi filósofo particular, me había dado las bases para ello. Desconfié y recuperé la salud, puedo decirlo. Pero faltaba un largo trecho hasta allí. El enfermo tiene que tomar el sufrimiento en sus propias manos y, sobre todo, en su propia cabeza, *en contra de los médicos*, ésa es mi experiencia. Aún no lo *sabía*, pero actuaba en ese sentido. Confiaba en mí y en nada más, cuanto mayor era mi desconfianza hacia los médicos, tanto mayor era mi confianza en mí mismo. No hay otro medio, si quiero vencer una enfermedad grave, es decir, una enfermedad mortal, escapar a esa enfermedad grave y mortal. Pero ¿lo quería en aquellas semanas? ¿No me había unido a aquella conspiración de Grafenhof, no me había dejado caer totalmente en sus más profundas profundidades? No es extravagante afirmar que, en esas semanas, estaba enamorado de aquella falta de esperanza mía y de la falta de esperanza en general, posiblemente la amaba incluso con locura. No sólo aceptaba aquel estado, sino que, como otros cientos de millones en el mundo, como correspondía a la época, me había aferrado lógicamente y al cien por cien a la falta de esperanza, me había aferrado al espanto, a la falta de esperanza de la posguerra, al espanto de la posguerra. Aquí, en medio de las condiciones de la disolución, con el requisito previo de un fin próximo y tangible, me sentía igual a cientos de miles y millones, totalmente preparado para ello de

forma lógica y, como tenía que comprender ahora, *absorbido*. Por qué precisamente yo, a diferencia de millones de otros que murieron en la guerra y, después de la guerra como consecuencia de la guerra, hubiera tenido derecho a escapar; efectivamente, había creído haber escapado por lo que se llama unas circunstancias afortunadas, pero ahora, sin embargo, aquello me había descubierto en mi rincón, en nuestro rincón, me había alcanzado, descubierto e incorporado a él, el fin de la vida. Yo aceptaba ese hecho y obraba en consecuencia. De repente, no me defendía ya de ello, no me rebelaba ya contra ello, no pensaba en engañar a la nueva infelicidad. Obedeciendo a una lógica pasmosamente clara, me había doblegado y renunciado y sometido. Aquí, donde los hombres, de forma consecuente después de las atrocidades de la guerra, al fin y al cabo destinadas a ellos, tenían que extinguirse, tenían que renunciar tenían que cesar, como tenía yo que pensar, estaba mi puesto, no en la rebelión, no en la protesta, mi puesto estaba en la sociedad *que se extinguía, que se iba*. Me sumí en ese pensamiento, para mí, súbitamente, en absoluto absurdo, y llegué a la conclusión: ¡quiero estar *aquí!* ¿*En dónde si no?* Y seguí la cronología de la extinción y del infierno. Había aceptado la miseria humana y no quería que me la quitaran ya, ¡por nada ni por nadie! Me había deshecho del horror y del odio hacia Grafenhof y hacia las circunstancias de Grafenhof, del odio a la enfermedad y la muerte, hacia la llamada injusticia. No era el *aquí lo* que odiaba, ¡odiaba el *allí*, el *allá*, el *afuera, todo lo demás!* Pero ese odio tenía que agotarse pronto, porque no era rentable. El *odio absurdo* resultó de pronto imposible. Era demasiado claro, demasiado justo lo que me esperaba según las leyes que la sociedad, de acuerdo con la Naturaleza misma, se había dado. ¿Por qué precisamente yo, el más sin sentido, el más superfluo, el de menos valor de la Historia, tenía que creer o, aunque sólo fuera por un momento, podía pretender ser la excepción a la regla, escapar a lo que millones, sencillamente, no habían escapado? Ahora, ése era mi pensamiento, tenía que recorrer un camino directo a través del infierno y hacia la muerte. Me había resignado a ello. Durante muchísimo tiempo me había rebelado contra ello, pero ahora no me rebelaba ya, me sometía. ¿Qué me había pasado? Me había entregado a una lógica, que tenía que considerar como la adecuada y única para mí, y ahora tenía que existir. Pero esa lógica la había cambiado inmediatamente por la lógica opuesta, de repente volvía a considerarlo todo un cien por cien al revés. Mi punto de vista había cambiado *en todo*. ¡Me rebelaba más violentamente que nunca contra Grafenhof y sus leyes, contra lo inevitable! Había cambiado otra vez mi punto de vista de la forma más radical, ahora volvía a *vivir* al cien por cien, ahora *quería* volver a vivir al cien por cien, tener mi existencia, costase lo que costase. No comprendía ya al que había sido doce horas antes, al que había pensado precisamente lo contrario de lo que *ahora* era mi opinión y mi punto de vista. ¿Cómo había podido llegar a renunciar? ¿a someterme? ¿a entregarme sencillamente a la muerte? Una vez más, había sacado conclusiones totalmente falsas. Sin embargo, así pensaba, había actuado totalmente *en* mi sentido, así era y así es mi forma de ser, y así será, había pensado. De repente, lo que miraba, contemplaba, observaba más penetrantemente que nunca a mi alrededor tenía otra vez sus rasgos horribles, repulsivos. No tenía mi puesto entre aquellos hombres, sencillamente no era como ellos, aquellas circunstancias no eran las mías y, sencillamente, no podían ser las mías. De pronto, todo lo pensado en los Últimos días y emprendido sobre esa base era ridículo, absurdo, un error. ¿Cómo podía creer tener mi puesto allí donde la podredumbre y la absoluta falta de esperanza estrangulaban el alma, mataban lentamente el cerebro? Probablemente me resultaba más fácil dejarme caer sencillamente que rebelarme, estar en contra, así de simple es la verdad. A menudo cedemos, a menudo renunciamos, por razones de comodidad. Pero al precio de la vida, de la existencia *entera*, de la que, al fin y al cabo, no podía saber cuánto valía en el fondo y quizá valdría aún, aunque sé que cavilar al respecto no tiene sentido, porque al final de esas cavilaciones triunfa la falta de sentido, la absoluta falta de valor, con independencia de ello. La cosa aislada no es nada, pero el todo lo es todo.

Yo había elegido la comodidad, la bajeza de adaptarme y de renunciar, en lugar de resistir, entablar combate, cualquiera que fuese el resultado. Por comodidad y por cobardía había tomado ejemplo de los millones de hombres que fueron a la muerte, por la razón que fuera, y no había vacilado en abusar de la forma más desvergonzada, para mi cómoda especulación, hasta de las víctimas de la última guerra, imaginándome que mi fin, mi muerte, mi extinción, eran comparables a los suyos, había abusado de la muerte de millones de hombres, al desear unirme a su muerte. Hubiera podido profundizar aún en esa idea e ir en ella hasta el límite extremo de su locura y su mal gusto y, por consiguiente, de los míos, pero me abstuve de ello. Mis opiniones hubieran sido sólo patéticas, mi sufrimiento sólo teatral. Pero ahora no me avergonzaba, no tenía tiempo para eso, deseaba tener la cabeza clara, sin sentimientos, y eso requería todas mis fuerzas. La verdad es que, ese mismo día, me llamaron al laboratorio para comunicarme que mis esputos de hacía tres o cuatro días, en los que habían encontrado los tubérculos, no habían sido mis esputos, se había producido una confusión, se había *desliz*ado algo que nunca había ocurrido en aquel laboratorio. Mis esputos seguían tan libres de tubérculos como antes. Realmente, después de esa revelación, analizaron unas cuantas veces seguidas mis esputos, cada vez con resultado negativo. Así pues, no daba positivo. Ahora me comportaba como si hubiera provocado esa circunstancia. No armé mucho revuelo ante el hecho, receloso como era; yo mismo insistí entonces en que el laboratorio analizara mis esputos unas cuantas veces seguidas, y el resultado fue el mismo. *Había sido* un error del laboratorio. Ahora estaba en condiciones de entablar mi combate, prescindiendo de que no daba positivo, de todos modos tenía aún mi sombra en el pulmón, que combatían con inyecciones de estreptomina, por desgracia, por su costo elevado, como se decía, en dosis demasiado pequeñas. Cada paciente recibía sólo una pequeña cantidad de aquel medicamento precioso, la cual, como luego he sabido, resultaba inútil y sin sentido. Sólo inyectaban más estreptomina a quien se la podía hacer traer de Suiza o de los Estados Unidos o a quien tenía la debida protección de los médicos, como es natural, ante todo, del Director, el todopoderoso Jefe. Cuando supe que me estaban dando demasiado, poca estreptomina, una cantidad ridícula y, por consiguiente, lo mismo que nada, había hecho un intento con el triunvirato, pero fui inmediatamente rechazado, mi petición la calificó el triunvirato de inaudita, clasificaron mi deseo de más estreptomina de desvergüenza, yo no sabía nada, ellos lo sabían todo, cuando la verdad es que yo entonces, como al fin y al cabo se había tratado de mi existencia, no era ya de los más ignorantes en esa esfera de la medicina pulmonar, y sabía muy bien que mi tratamiento exigía mayor cantidad de estreptomina. Sin embargo, no la obtuve, porque desde el punto de vista social no era nadie. Otros la obtenían, tenían una reputación, una recomendación, una profesión que impresionaba más. La estreptomina no se administraba según las necesidades, sino según los criterios más mezquinos que cabe imaginar. No era yo sólo quien estaba en desventaja. Había una mitad de favorecidos y había una mitad de perjudicados. Yo estaba sin lugar a dudas entre los segundos. Como es natural, no tenía intención de ascender a los primeros con *ciertas* condiciones, recurriendo a medios *apropiados*, para eso me faltaba la astucia vil, incluso la vileza misma, no quería hacerlo. Sin embargo, incluso sin esos medios viles para mi fin, pensé en salir luchando de aquel infierno, de aquella dependencia del infierno, como tenía que considerar ahora al sanatorio y lo que había en él. Los médicos y sus debilidades de carácter, incluso sus vilezas y bajezas, que entretanto había conocido, lo mismo que las vilezas y bajezas de los pacientes, me habían hecho aguzar el oído, mi inteligencia se había beneficiado, y también me adiestré en la observación de las religiosas, de las hermanas de la Santa Cruz. Empecé a ocuparme menos de mí mismo que de mi entorno más próximo y bastante próximo, a investigarlo; toda vez que, realmente, no daba ya positivo y, por consiguiente, no estaba inmediatamente abocado a la muerte, me podía permitir ese estudio. ¿Qué clase de hombres son

realmente éstos de aquí, y entre qué paredes y en qué condiciones existen, y cómo se relaciona todo eso entre sí?, me preguntaba, y me puse a trabajar. No era mi primera confrontación con una comunidad humana bastante grande, conocía a la masa por el internado y por los hospitales en que había estado ya, conocía su olor, su ruido, sus intenciones y objetivos. La novedad era que aquí se trataba realmente de rechazados, apartados, de desheredados, incapacitados. Aquí no había frases que entusiasmaran, las consignas que movían al mundo no se aplicaban. Aquí había cientos que se habían puesto sus espantosos camisones, que se habían refugiado en esos camisones, para cambiarlos en algún momento, que no podía estar ya lejos, por los sudarios de una astuta empresa de pompas fúnebres de Schwarzbach, allá abajo. No, no tenía ya un lugar entre ellos, el error se había aclarado, una vez más ocupaba mi puesto de observación. Los que sacaban de aquí y se llevaban en un coche fúnebre pertenecían a otra capa humana, no tenían nada que ver conmigo. Eran *ellos los* contagiados, no yo, ellos los *marcados por la muerte, no yo*. De repente creí tener derecho a distanciarme. Yo desempeñaba aquí un papel poco claro, tan discretamente como era posible, pero, en aquella obra, no acababa como ellos. A la mayoría los había depositado aquí la marea de la guerra como en un arrecife de sufrimiento, y allí, lanzados contra la pared de roca por la brutalidad de los acontecimientos, pasaban sus últimas semanas, sus últimos meses. ¿De dónde venían? ¿De qué ambientes procedían? Hizo falta tiempo para averiguar su origen: barrios de Viena derruidos, calles oscuras, húmedas y frías de la llamada ciudad de Mozart, en las que las enfermedades podían convertirse muy rápidamente en enfermedades mortales, poblachos de provincia, en los que los menos afortunados, si no tenían cuidado ininterrumpidamente, se pudrían antes de llegar siquiera a adultos. Las enfermedades del pulmón conocían, después de terminar la guerra, un nuevo florecimiento. Un hambre de años, una desesperación de años habían llevado inevitablemente a todas aquellas gentes a la enfermedad pulmonar, a los hospitales, en definitiva a Grafenhof. Venían de todos los estratos sociales, de todas las profesiones, hombres y mujeres. Una vez clasificados como enfermos del pulmón, se les evacuaba ya aquí. Sanatorios en calidad de prisión en régimen de aislamiento. El llamado mundo sano tenía pánico de la expresión enfermedad pulmonar, del concepto de *tuberculosis*, por no hablar de la *tuberculosis pulmonar abierta*; todavía hoy lo tiene. Nada temía con mayor intensidad. *Lo que* significaba realmente estar enfermo del pulmón, dar positivo, no lo supe hasta más tarde en mi propia carne. Lo creyera o no, era en cualquier caso monstruoso, indigno de un ser humano. Ya antes de ir a Grafenhof, a partir del momento en que supe que tenía que ir a Grafenhof, no me atreví a comunicar ese hecho a nadie, si hubiera dicho que iba a Grafenhof hubiera estado listo ya fuera, es decir, en Salzburgo. Si mis gentes sabían *qué* significaba realmente Grafenhof no lo sé, no se habían planteado esa pregunta, para eso no tenían tiempo, su atención se centraba en la enfermedad de mi madre, que se había revelado ya como mortal. Sin que yo mismo me lo pudiera explicar totalmente, la palabra Grafenhof la conocía desde la más temprana infancia como palabra aterradora. Era peor ir a Grafenhof que a Stein o Suben o Garsten, los famosos establecimientos penitenciarios. Con un enfermo del pulmón no se tenía trato, se apartaba uno de su camino. Una vez afectada por la enfermedad pulmonar, la víctima hacía bien en ocultar el hecho. También las familias, sin excluir la mía, aislaban, incluso ponían en cuarentena a sus enfermos del pulmón. Pero en mi caso no les era posible concentrarse realmente *por completo* en mi enfermedad pulmonar, porque el cáncer de matriz de mi madre, que en aquella época había entrado ya en su estado más peligroso, doloroso y maligno, los ocupaba más, como es natural. Mi madre estaba ya desde hacía meses en cama, con dolores que no se podía calmar ya, ni aminorar siquiera, con inyecciones de morfina administradas cada hora y con intervalos mucho menores aún. Yo le había dicho que iba a Grafenhof, pero sin duda no se había dado cuenta de lo que eso significaba. Ella sabía ya, cuando me despedí, que moriría en plazo

breve, no se podía saber con seguridad si sería medio año o un año entero, tenía un corazón fuerte incluso en aquel tiempo, en que estaba totalmente demacrada y no era más que piel y huesos. Su razón no se nubló por esa enfermedad, la más horrible de todas, ni se nubló hasta el final, que se hizo esperar aún cierto tiempo, aunque todos lo deseábamos con la mayor impaciencia, porque no podíamos ver ya el espectáculo del estado de mi madre, sencillamente no podíamos soportarlo ya. Cuando me despedí de mi madre para ir a Grafenhof, con esa nueva incertidumbre, le había leído algunos de mis poemas. Ella había llorado, los dos habíamos llorado. Yo la había abrazado, había hecho la maleta y había desaparecido. ¿La volvería a ver siquiera? Ella *tuvo* que escuchar mis poemas, yo la había chantajeado, tenía la seguridad de que mis poemas eran buenos, producto de un desesperado de dieciocho años que, salvo esos poemas, no parecía tener nada más. En aquella época me había refugiado ya en la escritura, no hacía más que escribir, no sé ya, cientos y cientos de poemas, sólo existía cuando escribía, mi abuelo, el escritor, había muerto, ahora tenía que escribir *yo*, ahora tenía *yo* la posibilidad de escribir, ahora me atrevía, ahora tenía ese medio para mis fines, al precipitarme en ello con todas mis fuerzas, abusaba del mundo entero, al convertirlo en poemas y, aunque esos poemas no tuvieran valor, lo significaban todo para mí, nada significaba más para mí en el mundo, no tenía nada más, sólo la posibilidad de escribir poemas. Por eso fue lo más natural que, antes de despedirme de mi madre, a la que habíamos dejado en casa porque sabíamos lo que significaba entregarla al hospital, le leyera poemas de mi cabeza. No tuvimos fuerzas para decir nada, sólo lloramos y nos apretamos mutuamente las sienes. Mi viaje a Grafenhof a través del oscuro valle del Salzach fue el más opresivo de mi vida. En el equipaje llevaba también un fajo de papeles con mis últimos poemas. Muy pronto, salvo ese fajo de poemas, no tendré nada en el mundo, nada que signifique algo para mí, a lo que pueda aferrarme, había pensado. ¡Tuberculosis! ¡Grafenhof! Y mi madre en un estado desesperado, abandonada por los médicos. Su marido, mi tutor, y mi abuela, después de tan poco tiempo desde la muerte de mi abuelo, se veían puestos otra vez a prueba. Ahora yo me dirigía con el tren de la mañana hacia aquella palabra aterradora: ¡*Grafenhof!* Preguntar al respecto sólo me había atrevido a hacerlo a media voz. A doscientos metros del sanatorio habían puesto por todas partes letreros con la inscripción: *Alto. Establecimiento médico. Carretera prohibida.* Ninguna persona sana transgredía voluntariamente aquella advertencia. Desde el lado del sanatorio, el texto decía: ¡*Alto! ¡Prohibido el paso!* Yo entraba en una desesperación, habiendo dejado atrás otra desesperación. Allí, donde había llegado, reinaba ya la muerte con la mayor decisión, allí de donde venía, lo mismo. Hoy, aquel estado de entonces no puede sugerirse más que difícilmente y sólo con las mayores resistencias. Mi estado de ánimo no puede reproducirse ya, mi estado sentimental no puede ya saberse, por otra parte me guardo de ir más allá de lo absolutamente necesario, porque a mí mismo me resulta insoportablemente penoso pasar la frontera hacia la verdad o, en general, hacia una verdad en esta materia. Sin embargo, aunque había entrado en el infierno, al entrar en Grafenhof, al principio tuve la sensación: me he escapado del infierno, he huido de él; el espanto, lo insoportable, lo he superado. De repente me rodeaba la calma, el orden. Me había largado de un caos inhumano aunque querido por Dios, eso pensaba, e incluso tenía remordimientos, porque al fin y al cabo había dejado atrás a los míos con mi madre enferma de muerte, con toda la miseria, con todo el horror. Sentía vergüenza de haber venido aquí, a *una asistencia ordenada.* De haber salido *del caos* de una familia desamparada, ya casi totalmente destruida, para ser *cuidado.* Aquí, de repente, me daban comidas a horas exactamente establecidas, me dejaban en paz en fin de cuentas y, por una vez, podía realmente dormir a gusto, lo que en casa no me había sido posible ya desde hacía semanas, ninguno de nosotros había podido dormir ya, todo se había concentrado en nuestra madre, enferma de muerte, a la que había que atender ininterrumpidamente desde el punto de vista médico. El marido de mi madre, mi tutor, y mi

abuela se habían sacrificado en el verdadero sentido de la palabra y, de forma totalmente abnegada, se habían hecho cargo de todo lo que, de otro modo, sólo puede hacerse en una clínica, por ejemplo, administrar inyecciones a cada hora, día y noche, durante meses, y en definitiva durante mucho más de un año, y todo lo demás que sólo puede saber, comprender y apreciar quien lo ha hecho o lo ha visto de cerca con sus propios ojos. Con qué ligereza formulan sus juicios los que nunca se han visto en una situación así, y no saben nada del *sufrimiento*. La -verdad era que no hacía mucho tiempo que había perdido a la persona que más quería, mi abuelo, y medio año más tarde tenía ya también la certeza de perder a quien, después de él, me estaba más próximo: mi madre. Con esa certeza había emprendido mi viaje a Grafenhof, con la maleta de cartón en la que, mi madre y yo, habíamos llevado juntos patatas a casa, de los campesinos, en los años de la guerra. *Te vas para ponerte bueno*, me había dicho mi madre, *que te pongas bueno*. Una y otra vez tengo esas palabras en los oídos, las oigo hoy lo mismo que entonces, ¡tan bien intencionadas y tan aniquiladoras! Todos nosotros, al terminar la guerra, habíamos pensado que habíamos escapado, y nos sentíamos seguros; el hecho de haber sobrevivido al cuarenta y cinco nos había hecho secretamente felices, prescindiendo de los horrores, que no habían podido compararse con otros horrores grandes y más grandes aún y sumamente grandes; habíamos tenido que soportar mucho, pero sin embargo no lo más espantoso, y ahora, unos años después de la guerra, no habíamos podido escapar, ahora nos golpeaba, nos había alcanzado, como si de repente, súbitamente, nos pidiera cuentas. ¡Tampoco nosotros debíamos sobrevivir! Yo había salido de la habitación mortuoria de mi madre y había ido a Grafenhof, para trasladarme a una casa mortuoria, a un edificio en el que, mientras exista, la muerte se ha instalado, aquí sólo había salas mortuorias y aquí había muchos, si es que no exclusivamente, moribundos y una y otra vez muertos, pero esos moribundos y esos muertos no me afectaban tanto, como es natural, como mi madre. Contemplaba aquellas salas mortuorias, las observaba, pero no me trastornaban, no tenían fuerza para aniquilarme, lo mismo que no la tenían los muertos que tenía ocasión de ver. En el primer momento, Grafenhof no fue un choque para mí, sino más bien algo tranquilizador. Pero esa tranquilidad era un autoengaño. Me atreví a recuperar el aliento, durante dos días. Entonces me confesé a mí mismo mis errores. La vida no es más que el cumplimiento de una pena, me dije, y tienes que soportar el cumplimiento de esa pena. Durante toda la vida. El mundo es un establecimiento penitenciario con muy poca libertad de movimientos. Las esperanzas se revelan, como un sofisma. Si te ponen en libertad, en ese mismo instante vuelves a entrar en el mismo establecimiento penitenciario. Eres un preso y nada más. Si te quieren convencer de que eso no es verdad, escucha y calla. Piensa que, al nacer, te han condenado a una pena de prisión perpetua, y que tus padres tienen la culpa. Pero no les hagas reproches fáciles. Quieras o no, tienes que seguir al pie de la letra los reglamentos que rigen en ese establecimiento penitenciario. Si no los sigues, tu pena se agravará. Comparte tu pena con los otros presos, pero no te alíes con los guardianes. Esas frases se desarrollaron en mí en aquella época, totalmente por sí mismas, no muy distintas de una plegaria. Hasta hoy me son familiares, a veces las digo para mí, no han perdido su valor. Contienen la verdad de todas las verdades, por torpemente que puedan estar formuladas. Se aplican a todos. Pero no siempre estamos dispuestos a aceptarlas. A menudo caen en el olvido, a veces durante años. Pero luego están ahí otra vez e iluminan. En el fondo, yo estaba preparado para Grafenhof. Había pasado por el hospital de Salzburgo, había pasado por Grossgmain. Había pasado ya por la escuela elemental de las enfermedades y del morir, incluso por la escuela secundaria. Dominaba la tabla de multiplicar de la enfermedad y la muerte. Ahora asistía a las clases de matemáticas superiores de la enfermedad y la muerte. Esa ciencia, desde luego, me había atraído siempre, ahora me descubría estudiándola con obsesión. Desde hacía tiempo lo había sometido todo sólo a esa ciencia, había llegado a esa ciencia

totalmente por mí mismo, las circunstancias no hubieran podido llevarme a ninguna otra ciencia distinta de ésta, en la que están contenidas todas las demás ciencias. Había sido absorbido por esa ciencia y, de esa forma, me había convertido por mí mismo, de la forma más natural, de víctima indefensa en observador de esa víctima y, al mismo tiempo, observador de todas las demás. Ese distanciamiento era, sencillamente, necesario para la vida, y sólo así tenía la posibilidad de salvar mi existencia. Controlaba mi desesperación y la de los otros, sin dominarla realmente, por no hablar de suprimirla. Aquí imperaban las reglas más severas, que conocía ya de los otros establecimientos; quien no se atenía a esas reglas era castigado, en el peor de los casos con la expulsión inmediata, lo que sin embargo, realmente, no interesaba ni a uno solo de los enfermos. Una y otra vez había habido expulsiones de éstas sin aviso previo, realmente con justicia o no, no puedo decirlo, pero esos expulsados morían en la mayoría de los casos en el plazo más breve, porque, al quedar sin control y no estar familiarizados con la peligrosidad y, casi con seguridad, el carácter mortal de su enfermedad, tenían que morir en el mundo brutal e inconsciente de los llamados sanos. Expulsados del establecimiento, se abandonaban como es natural al momento a su hambre de vida y de existencia realmente insaciable, y perecían en él y en la incomprensión y la inconsciencia y la falta de miramientos de la sociedad de los sanos. Conozco innumerables casos de expulsados, no sanos, sino de los llamados expulsados sin previo aviso o a su propio riesgo, que no vivieron mucho tiempo. Pero de ellos no se habla aquí. A las seis de la mañana se levantaba uno, a las siete era el desayuno, a las ocho todos estaban ya echados en la galería de reposo, en la que a las nueve aparecía la visita médica, durante años con el mismo ceremonial y con el mismo reparto, no sólo en lo que se refiere a los médicos, también los enfermos eran a menudo durante años los mismos, porque la mayoría tenían que permanecer durante años en Grafenhof, no, como quizá habían creído en su ignorancia al ser ingresados, durante semanas o durante meses; ingresar en Grafenhof quería decir en la mayoría de los casos estar en Grafenhof durante años, en un aislamiento de años, en una detención, una vigilancia, lo que fuera, de años. Qué suerte que el recién llegado no supiera cuánto tiempo tendría que permanecer aquí, porque no hubiera colaborado. Eran los menos los que dejaban Grafenhof al cabo de tres meses y, de esos menos, los menos los que lo hacían para siempre; pronto estaban otra vez en el establecimiento, esta segunda vez generosamente, para años. Incluso con una sombra ridícula, como la que yo tenía, había que permanecer tres meses al menos en Grafenhof, eso lo sabía la víctima engañada por las autoridades de salud, inmediatamente después de su ingreso. Tres meses era el límite mínimo, y se prolongaba a seis meses, a nueve meses y así sucesivamente; había enfermos que llevaban tres y más años en Grafenhof, los llamados antiguos residentes, que podían reconocerse en seguida por su conducta, por su falta de miramientos y su indiferencia hacia los demás, por su comportamiento con los médicos, no se les podía engañar y disipaban siempre, dondequiera que apareciesen, cualquier duda sobre lo que sabían, siempre superiores, más enfermos y con menos esperanzas que todos los demás, pero superiores, más próximos a la muerte que todos los demás, pero superiores. Eran repulsivos exterior e interiormente, y tan temidos por los médicos como por los restantes enfermos; con el tiempo habían adquirido derechos que los otros no podían tener, que nadie podía discutirles, ni siquiera los médicos, ni las enfermeras, nadie, eran los que estaban más próximos a la muerte, y por eso tenían ventajas. Eran los auténticos dominadores y atormentadores de sus compañeros de enfermedad. Quien llegaba aquí por primera vez no tenía una vida fácil, estaba totalmente abajo y tenía que ver cómo podía trepar, llegar desde una situación de falta absoluta de privilegios hasta las alturas era un proceso fatigoso, que no duraba sólo meses, sino años. Pero la mayoría no disponían de ese tiempo en absoluto, morían antes. Llegaban y se les veía durante algún tiempo, participaban en todo lo que estaba ordenado, y desaparecían luego, al

principio en salas más pequeñas, y luego en una ambulancia, que los llevaba a Schwarzach, al hospital ordinario y general de allí, en el que morían al cabo de poco tiempo, porque en el fondo no les gustaban los fallecimientos entre los enfermos de Grafenhof y, si una muerte era inminente, se desembarazaban de la víctima, se la sustraía a las miradas, se la llevaba a Schwarzach y se contentaban con la noticia de su fallecimiento, llegada del hospital. Pero no siempre podían preverse esos fallecimientos, y entonces el coche fúnebre daba su vuelta por el patio, recelosamente contemplado desde todos lados; todavía tengo en los oídos el ruido de las puertas traseras de aquel coche fúnebre, a veces lo oigo, también en pleno día, de forma totalmente inesperada, todavía hoy. Cuando la visita médica había terminado, se volvía a escupir con tanto más celo, los pacientes conversaban, aunque estaba severamente prohibido hablar entre sí durante las horas de reposo, se intercambiaban conocimientos médicos, se evaluaban, se criticaba a los médicos o quizá no. La mayoría de las veces, el letargo era demasiado grande para moverse, y todos yacían inertes y rígidos bajo sus mantas, mirando al vacío. Sus miradas se dirigían siempre sólo a la montaña, al Heuzareck de dos mil metros de altura, a la pared de roca gris, infranqueable. ¡La pared de mi destino! Primero tenían que doblarse, luego organizarse según sus posibilidades, que en un establecimiento como Grafenhof, como es natural, sólo podían ser limitadas, los pacientes, cuántos no lo sé ya, tal vez eran doscientos según mis cálculos, aproximadamente la mitad mujeres que se alojaban en el primer piso, severamente aisladas de los hombres del segundo. En la planta baja había además varias de las llamadas *solanas* para *pacientes especiales*, que estaban *especialmente enfermos o especialmente favorecidos* por su posición social, por su reputación, hombres y mujeres. A ellos los había visto sólo de lejos, desde la caja de la escalera. Mi sala de doce camas fue mi punto de partida, no podía esperar salir pronto de aquella sala, después de todo, por qué razón. Poco a poco aprendí a conocer los nombres y las particularidades de mis compañeros de enfermedad, si originalmente había sido educado por mi abuelo para ser una persona absolutamente aislada, con todos los medios, con todas las consecuencias de acuerdo con sus posibilidades y las mías, en los últimos años había aprendido a estar con otros, y lo había aprendido mejor y con más insistencia que otros, entretanto estaba acostumbrado a una comunidad bastante grande, el internado me lo había enseñado, los hospitales me habían hecho madurar para ello, eso no me planteaba ya dificultades, estaba ya acostumbrado a estar en medio de muchos, con las mismas posibilidades o imposibilidades, con iguales requisitos, en las mismas condiciones, que no eran fáciles. Por eso tuve pocas dificultades al entrar en Grafenhof, en lo que a la comunidad se refiere, otra vez era una comunidad de sufrimiento. Aquella sala de doce, salvo un doctor en derecho, estaba ocupada por aprendices y trabajadores no cualificados, todos ellos de mi edad, entre los diecisiete y los veintidós. También aquí reinaban todos los inconvenientes imaginables de una comunidad humana cuyos miembros dependían unos de otros, también aquí reinaban el recelo, la envidia, el espíritu de contradicción, pero también la alegría y el humor, aunque éstos muy amortiguados, adaptados al estado de sufrimiento de aquellos jóvenes. Predominaba la impasibilidad, no la indiferencia. No se renunciaba a ninguna de las bromas que son corrientes en esas salas comunes, pero la rudeza y la brutalidad eran sólo la mitad, lo mismo que, lógicamente, la alegría. Aquí se presentía más de lo que se sabía, aunque todos sabían aquí muchas cosas, porque habían visto ya muchas cosas. Aquel joven, sin embargo, con la mayor habilidad y con la mayor capacidad de fantasía sorteaba lo inevitable, lo espantoso, que sin embargo puede ver ya con mucha precisión. Percibe, pero no está aún dispuesto para el análisis. A diferencia del hospital, la mayoría de los que estaban en el sanatorio de pulmón no estaban clavados a la cama, podían levantarse y andar por allí, siguiendo el curso de la jornada de acuerdo con el reglamento. Podían moverse libremente dentro de las leyes que imperaban aquí, estaban en condiciones de dejar el sanatorio hasta

los límites, marcas y vallas establecidos, de dar paseos, solos o no, como fuera. Yo me había hecho amigo de un hombre que, aunque unos diez años mayor, era sin embargo muy joven, y al cual había visto por primera vez en la capilla, estaba tras el armonio que había allí y había improvisado, solo, algo sobre Johann Sebastian Bach. Era director de orquesta de profesión y había sido elegido por las religiosas para acompañar en el armonio sus misas diarias; yo encontré extraordinaria su forma de tocar, me había atraído en seguida, me di cuenta cuando iba a la galería de reposo, me detuve y entré en la capilla. Al principio no me había atrevido a hablar con aquel hombre, pero luego me había armado de valor y me había presentado. De esa forma había comenzado una amistad que dura hasta hoy, una amistad sin par entre dos testigos. La música me había hecho encontrar a un hombre y hacerme amigo de ese hombre, la música que, durante tantos años, lo había sido todo para mí y que desde hacía tiempo no había escuchado ya, allí estaba otra vez y tan artística como no lo era hacía tiempo. Yo tenía un interlocutor para dar paseos, alguien que me explicaba, que me ilustraba, un hombre joven y a la vez experimentado, que había viajado, que había visto ya mucho. Había estudiado en el Mozarteum y había tenido un empleo en Suiza, porque en Austria no había lugar para él, en este país nunca ha habido lugar para sus propios artistas, los expulsa hacia todos los países, sin miramientos, de la forma más brutal. Aquí estaba otra vez el ejemplo del que siempre he hablado, y siempre hablaré: el artista poco apreciado, despreciado incluso en su patria, que tiene que largarse. En Austria se producen los artistas más eminentes, que son expulsados al mundo entero, cualquiera que sea su arte, los más dotados son rechazados, echados. Los que quedan son los capaces de adaptarse, los mediocres, los pequeños y pequeñísimos, que siempre han dominado y siguen dominando en este país, los que dirigen los destinos artísticos de este país, ambiciosos, estrechos de miras, pequeñoburgueses. Enfermos y desesperados o mundialmente famosos vuelven los más dotados, los geniales, en cualquier caso demasiado tarde, cuando están ya medio muertos o son viejos. Sin embargo, se trata de una vieja historia, que no me canso de mencionar al menos cuando tengo oportunidad de ello. La verdad es que en aquella época no había conocido aún muchos artistas, por lo menos no personalmente, y no conocía sus vidas, no conocía sus reglas ni sus excepciones. Mi amigo era un músico insólitamente dotado, que parecía tener una cabeza clara, una inteligencia aguda, por lo que me resultaba un placer hablar con él. Sin recursos, se contrataba en los meses de verano, muy lejos de los centros musicales de Zurich y de Lucerna, como músico de bar en Arosa, y eso le había hecho caer enfermo. Ahora llevaba ya muchos meses, casi un año, en Grafenhof. Muy a menudo nos sentábamos en un banco, sobre la galería de reposo de las mujeres, él me contaba y yo escuchaba. Tenía un interlocutor del que podía aprender muchas cosas, hacía tiempo que yo había echado en falta a una persona así, con sus facultades, me parecía que desde la muerte de mi abuelo no había tenido a nadie a quien pudiera escuchar sin desesperarme, y en quien pudiera confiar. Era ciudadano de Liechtenstein, como su padre, que procedía de Liechtenstein, pero había nacido en Salzburgo. Tuvimos innumerables temas de conversación desde el principio, el arte, la música, Salzburgo, Austria, la enfermedad, pero de ésta era de la que hablábamos menos, no como los otros, que casi hablaban sólo de la enfermedad, nosotros no teníamos que hacerlo, porque observar la enfermedad y su desarrollo era lo más lógico, teníamos temas de conversación mejores, más útiles, el contrapunto por ejemplo, las fugas de Bach, *La Flauta Mágica*, *Orfeo y Eurídice*, Richard Wagner y Debussy. Como mi amigo, además del inglés, el francés y el ruso, dominaba también el italiano, le rogué que me diera lecciones de ese idioma, pensaba que me sería útil como cantante. Todavía no había renunciado a la idea de ser cantante, al contrario, la perseguía ahora con la máxima intensidad, después de saber que toda una serie de cantantes parcialmente célebres habían estado en su juventud enfermos del pulmón, habían superado su enfermedad y habían practicado su arte durante decenios. Una gran

caverna no impedía a un cantante cantar años más tarde el Wotan en Bayreuth. Así que nos sentábamos casi diariamente en el banco situado sobre la galería de reposo de las mujeres, dando clases de italiano. Entre las horas de reposo establecidas, lógicamente, en lugar de dar paseos. Después de bastante tiempo recuperé la alegría, me sentía contento, me gustaba estar con una persona que volvía a anudar los hilos rotos que habían unido mi existencia a un mundo más satisfactorio, cuánto tiempo hacía que no había oído las palabras *armonía, disonancia, contrapunto, romanticismo*, etcétera, el adjetivo *creador*, la palabra *música*, todos esos conceptos y otros mil más se habían extinguido en mí. Ahora eran otra vez de pronto los puntos de referencia que, sencillamente, me eran necesarios para poder existir. Pero esos estados de exaltación no cambiaban nada en el hecho de la tristeza uniformemente sorda que reinaba aquí, de la que no quedaba nada excluido, todo era esa tristeza sorda, de la mañana a la noche, de la primera a la última hora de cada día. Y todo se había acostumbrado hacía tiempo a esa tristeza sorda. Unas veces pensaba, volveré a estar fuera y reanudaré mis estudios y seré cantante, y me veía desarrollar una carrera emprendida en las salas de conciertos más importantes, en las mayores óperas del mundo; otras pensaba, jamás volveré a estar sano, jamás saldré ya, renunciaré, me extinguiré, me asfixiaré en Grafenhof como tantos otros. Unas veces pensaba, muy pronto saldré de Grafenhof y estaré sano, otras, mi enfermedad no podrá ser contenida, de forma lógica se convertirá en esa enfermedad que aniquila toda esperanza, como en la mayoría de mis compañeros de enfermedad. Mis pensamientos no eran pensamientos de excepción, mis sentimientos no eran sentimientos de excepción. Probablemente a todos les pasaba lo mismo, a unos con más fuerza, a otros más débilmente, unos se hacían las mayores esperanzas, otros esperanzas menores, unos se ahogaban por la más grande falta de esperanza, otros por una falta de esperanza menos grande. Cuando miraba entonces aquellos rostros grises, incluso de un gris azulado, de los enfermos de muerte, veía cómo poco a poco, cada vez más, se encogían en sus rincones inquietantes e inquietantes, los observaba cuando avanzaban tanteando a lo largo de las paredes, capaces apenas de mantener derecho su cuerpo totalmente demacrado, y tomaban asiento en el comedor con sus batas flotantes, hundidos en sus sillones con las rodillas dobladas y realmente incapaces de levantar la cafetera para servirse, tenían que inclinar la cafetera o dejarla en su sitio hasta que otro la levantaba y les servía, cuando los observaba al dirigirse a la capilla, paso a paso junto a la pared, con los globos oculares sobresaliendo de sus órbitas ennegrecidas, se me pasaba evidentemente la idea de un futuro propio, en general de cualquier clase de futuro, y entonces tenía que pensar que no tenía absolutamente ningún futuro, hasta soñar con ese futuro era absurdo, una falta de vergüenza. Cuántos habían tenido, como yo, sólo lo que se llama una sombra y luego, de pronto, lo que se llama un infiltrado y luego un agujero y estuvieron listos. *Sólo tengo una sombra* no autorizaba a nada, ese hecho era más bien un billete gratuito para pudrirse. Cuántas veces bromeaba y decía, *sólo tengo una sombra*, y la monstruosidad, incluso la desvergüenza de esas bromas me asustaba, el que me atreviera siquiera a bromear de ese modo, de eso me avergonzaba ya mientras bromeaba. Siempre, cuando volvía de los rayos X, me permitía especular con el futuro: si mi sombra se había reducido o, por lo menos, seguía igual, tenía un futuro, si había aumentado, no lo tenía. Los médicos no descubrían su juego. Era absolutamente un juego de azar, no había posibilidad de hacer trampas. Cantaré, decía yo y, una hora más tarde, no cantaré. Saldré pronto, saldré sano, y una hora más tarde, no saldré. Continuamente me veía desgarrado por aquellas horribles especulaciones. Así les pasaba a todos, cada uno a su manera. Todos estábamos metidos en una piel mortal y salíamos de ella con teorías y fantasías, pero estábamos convencidos de que, juntos y sin excepción, tendríamos que fracasar. Estaba sentado en el banco de la pendiente que daba sobre la galería de reposo de las mujeres y me preguntaba: ¿quizá fui castigado por mi temeridad? ¿Por haber ido en un momento dado en la dirección opuesta, en lugar de al instituto, una

mañana, a mi puesto de aprendiz de comercio? Allí, descargando una partida de patatas, había atrapado la enfermedad, la había comercializado, como había dicho mi abuelo. No había sido valiente, sino insolente. Pero ¿de qué sirven ahora esos pensamientos? He podido con el hospital, con Grossgmain, he podido finalmente con la extremaunción, y también podré con Grafenhof. Cuando mi madre muera, porque sobre el hecho de que va a morir no había la menor duda, estaré realmente solo por completo, pensé, no tendré ya ningún ser humano que sea pariente importante, salvo mi abuela. Esperaba ese momento, todos los días, temprano, preguntaba en la portería si había correo, pero no lo recibía, no me llegaba ningún signo de vida de Salzburgo, mis gentes habían sido siempre perezosas para escribir, reinaba un silencio de muerte entre Salzburgo, con los míos, y yo, o sea, aquí. ¡Si me hubieran escrito aunque sólo fuera una vez por semana! No lo hacían, no me escribían, ni una sola vez, mientras estuve en Grafenhof, recibí correo de ellos. ¿Pereza para escribir? Odiaba esa expresión, cuando se me ocurría. El tiempo comprendido entre Grossgmain, el llamado sanatorio, el hotel de la muerte; desde cuyos balcones se podía ver precisamente los montículos del cementerio, y Grafenhof había sido al fin y al cabo deprimente, hoy tengo que escribir sobre él la palabra *despedida*, porque en ese período me despedí, me tuve que despedir de todo, podría enumerar ahora lo que fuera, entonces me despedí de ello. Vagué por las calles de Salzburgo y subí a las montañas familiares de Salzburgo y, una y otra vez, fui a la tumba reciente de mi abuelo, a todas partes sólo con el fin de despedirme. Cuando volví a casa, hambriento, cansado, harto de la vida en el verdadero sentido de la expresión, tuve que despedirme otra vez de mi madre. La vivienda entera estaba llena de su olor a podredumbre, por todas partes y en todas partes se había difundido ese olor a podredumbre. Ella sabía que iba a morir y de qué, nadie se lo había dicho pero era demasiado lista, tenía el oído demasiado fino, no se le escapaba nada. Soportaba su enfermedad sin reproches a su entorno, sin reproches al mundo y a Dios. Miraba fijamente a la pared y no odiaba nada, salvo la compasión hacia ella. En aquella época tenía ya desde hacía medio año aquellos dolores *inimaginables*, que no podían suprimirse ya, apenas aminorarse ya, con ningún medicamento. Heptadón, morfina en dosis cada vez mayores, atención de día y de noche de su marido, de mi abuela, hasta el agotamiento total. Sus hijos, mis hermanos y yo, éramos los que molestábamos y observábamos, llenos de presentimientos pero ignorantes y, como es natural, la mayor parte del tiempo, importunos. Lo veíamos todo, pero no comprendíamos, no podíamos comprenderlo. También la enfermedad de mi madre era imputable a un médico *negligente*, sobre él recae la culpa de su muerte, como recae también sobre un médico *negligente* la culpa de la muerte de mi abuelo, había actuado demasiado tarde, descuidadamente, como suele decirse, y no le había afectado el que mi tutor, el marido de ella, le reprochara esa negligencia en fin de cuentas mortal, le pidiera cuentas, los médicos desechan esos reproches encogiéndose de hombros y pasan a ocuparse de otra cosa. Ese cirujano es el asesino de mi abuelo, ese ginecólogo mató a mi madre, me decía, pero era ridículo, era a un tiempo tonto y poco realista y, por añadidura, megalómano. Estaba sentado en un tocón entre dos hayas y observaba a los pacientes masculinos que se paseaban en parejas más abajo, los cuales, según el reglamento, se paseaban siempre cuando las mujeres tenían que estar echadas en la galería de reposo, la regla era ésa, los hombres estaban echados en la galería de reposo cuando las mujeres paseaban, y las mujeres paseaban cuando los hombres estaban en la galería de reposo, de esa forma impedía la dirección del establecimiento que hombres y mujeres pasearan juntos, de esa forma hombres y mujeres no se reunían, tenían que burlar el reglamento y arriesgar una expulsión sin previo aviso, si querían estar juntos. Estaba sentado en el tocón y observaba, tras esa observación mía, mi período intermedio en Salzburgo, el período comprendido entre Grossgmain y Grafenhof, un período de horror, un período de humillación y de tristeza: había recorrido por la ciudad los caminos que había andado con mi abuelo,

había ido por las calles que me habían llevado a mis lecciones de música, me atreví, tímidamente y con todo secreto, a ir incluso al poblado de Scherzhauserfeld, sin visitar de todos modos a Podlaha y su tienda, me mantuve a una distancia apropiada de su establecimiento de comestibles y observé la clientela, la conocía. En ningún caso me hubiera atrevido a entrar en la tienda; en efecto, ni siquiera me atreví a hablar a los clientes conocidos de Podlaha, que pasaban por delante de mí a una distancia de sólo cincuenta o cien metros; cada vez, cuando parecía que se produciría un encuentro, un enfrentamiento, me escondía, yo era un fracasado, había fracasado, me había enfriado con aquella ridícula descarga de patatas en la nevasca, había caído enfermo, había sido apartado de la comunidad del poblado de Scherzhauserfeld, rechazado, probablemente olvidado. Qué a gusto les habría hablado a aquellas personas, me hubiera dado a conocer, pero no debía hacerlo, por instinto de conservación. De forma que me marchaba otra vez, más deprimido, devuelto a una soledad dos veces mayor. Había fracasado en todas partes, en casa, desde el principio, de niño, de joven, en el colegio de niño, de joven en el aprendizaje, siempre y por todas partes, aquella constatación me oprimía, convertía mi deambular por la ciudad en una carrera de baquetas, en todas aquellas calles y rincones y entre todas aquellas personas había fracasado una y otra vez, había tenido que fracasar, porque ésa era mi naturaleza, tenía que decirme. Había ido a la Pfeifergasse, en la que, la *Keldorfer y Werner*, mis profesores de música, me habían dado clase, y había fracasado. Había ido a la escuela primaria superior y había fracasado, había entrado en el internado y había fracasado, en el instituto, donde fuera, había sido echado con insultos y vergüenza, humillado, apartado, expulsado por todos y cada uno, todavía hoy tengo esos sentimientos cuando voy por Salzburgo, todavía hoy es esa horrible carrera de baquetas, incluso después de tres decenios. Sentado en el tocón, me veía llamar a todas aquellas puertas, sin que me abrieran. Siempre había sido rechazado, nunca admitido, recibido. Mis peticiones nunca habían sido aceptadas, mis pretensiones eran las pretensiones megalómanas que un joven sigue poniendo muy alto, de forma que, sencillamente, no pueden ser aceptadas, pretensiones megalómanas frente a la vida, frente a la sociedad, frente a todo. Así, altanero, pidiéndolo todo, había tenido que existir siempre, sin embargo, con la cabeza baja. ¿Cómo era todo aquello realmente, me pregunté, cronológicamente?, y desempaqué otra vez todo lo empacado y bien atado, poco a poco, al fin y al cabo ahora tenía la tranquilidad necesaria, hasta que lo hube desempaqué todo, la guerra y sus consecuencias, la enfermedad de mi abuelo, la muerte de mi abuelo, mi enfermedad, la enfermedad de mi madre, la desesperación de todos los míos, sus condiciones de vida opresivas, sus existencias sin esperanzas, y lo volví a empacar todo y lo volví a atar. Pero no podía abandonar aquel paquete bien atado, tenía que llevármelo otra vez. Todavía hoy lo llevo y a veces lo abro y lo deshago, para volver a hacerlo y atarlo. Luego no sé más que antes. Nunca lo sabré, eso es lo que me oprime. Y cuando deshago además ese paquete ante testigos, como ahora, al desempaqué estas frases rudas y brutales y muy a menudo también sentimentales y triviales, más despreocupadamente desde luego que con cualquier otra frase, no siento vergüenza, ni la más mínima. Si sintiera vergüenza, por pequeña que fuera, no podría escribir en absoluto, sólo el desvergonzado escribe, sólo el desvergonzado es capaz de hacer y deshacer frases y, sencillamente, soltarlas, sólo el más desvergonzado es auténtico. Pero también eso, naturalmente, es como todo un sofisma. Estaba sentado en el tocón y contemplaba fijamente mi existencia, que tenía que amar tan entrañablemente y, al mismo tiempo, odiar de forma tan espantosa. Durante ese período intermedio, había pasado mi examen de ayudante de comercio, en la llamada Cámara de Comercio e Industria, había querido terminar como era debido mi aprendizaje, pude presentarme a ese examen y lo había aprobado. Había que clasificar setenta y dos clases de té desplegadas ante mí, y no me había equivocado, a la pregunta de si se puede llenar una botella de GRAF con Maggi si un cliente lo pedía,

había respondido que *no*, y era la respuesta acertada, las botellas de marca sólo debían llenarse con el contenido correspondiente a esa marca, eso lo había aprendido y eso me ayudó a terminar el examen con buenos resultados. Pero, ¿de qué me servía ahora el llamado diploma de ayudante de comercio? La realidad era que, con mi pulmón enfermo, no podía ser empleado en absoluto en el comercio de alimentación, exactamente igual que no podía cantar con ese mismo pulmón enfermo. Estaba condenado a quedar a cargo de los míos, en la Radetzkystrasse, con ayuda de una pequeña pensión de la asistencia social. Estaba condenado a ir de un lado a otro, a vagar, apartado sencillamente de todo. Mi única esperanza consistía en esperar el billete para Grafenhof, para el establecimiento que, según se decía, era conocido y temido como el más aterrador. La verdad es que apenas podía aguardar el momento de tomar el tren de Grafenhof y, cuando tuve en la mano el billete para Grafenhof, tuve que sentirme feliz, lo quisiera o no, era feliz. Me había sentido feliz de poder ir a aquel establecimiento del horror, ésa es la verdad, por incomprensible que esa verdad sea. Una vez en Grafenhof, que quizá no sea tan malo como se dice, según pensé, tendré tiempo y aire para reflexionar sobre lo demás, en Salzburgo y con los míos no tenía tiempo ni aire. La verdad es que había estado siempre a punto de asfixiarme, mientras estuve en Salzburgo, y en aquel tiempo sólo había tenido un pensamiento, a saber, el pensamiento del suicidio; pero para suicidarme realmente era demasiado cobarde y sentía también demasiada curiosidad por todo, toda mi vida he sido de una curiosidad desvergonzada, eso ha impedido una y otra vez mi suicidio, me hubiera matado mil veces si mi desvergonzada curiosidad no me hubiera mantenido en la superficie terrestre. Nada he admirado más durante toda mi vida que a los suicidas. Me aventajan en todo, había pensado siempre, yo no valgo nada y me agarro a la vida, aunque sea tan horrible y mediocre, tan repulsiva y vil, tan mezquina y abyecta. En lugar de matarme, acepto toda clase de compromisos repugnantes, hago causa común con todos y cada uno, y me refugio en la falta de carácter como en una piel nauseabunda pero cálida, ¡en una supervivencia lastimosa! Me desprecio por seguir viviendo. Sentado en el tocón, comprendía el absurdo absoluto de mi existencia. Me veía ir al cementerio a ver a mi abuelo y volver, de los planes de viaje de los dos había quedado un montículo de tierra, una habitación vacía al fondo del piso, intactos, los trajes de mi abuelo seguían colgando de la puerta y en el armario, sobre su escritorio seguían estando los papeles con sus notas relativas a su trabajo de escritor, pero también a obligaciones totalmente triviales, como *¡No olvidarme de coser los botones de la camisa!* *¡Zapatero!* *¡Pintar la puerta del armario!* *¡Reñir a Herta (su hija, mi madre) por la leña!* ¿Qué significaban ahora aquellos papeles? ¿Tenía que sentarme yo ahora en el escritorio? No tenía ningún derecho a ello, o ningún derecho *todavía*, había pensado. Tampoco tenía derecho o ningún derecho *todavía* a coger libros de la estantería, Goethe, tomo cuarto, por ejemplo, Shakespeare, *Rey Lear*, Dauthendey, poemas, Christian Wagner, poemas, Hölderlin, poemas, Schopenhauer, Parerga y Paralipomena. No me atrevía a tocar nada de la habitación. Como si no se pudiera excluir la posibilidad de que el propietario y poseedor de aquella habitación y de su contenido, totalmente destinado a él, pudiera entrar en cualquier momento y pedirme cuentas. Aquel escritor sin éxito, desconocido, se había sentado aquí todos los días a las tres de la mañana y había trabajado. *Sin sentido*, como ahora tenía que comprender yo, como él mismo había comprendido, él no lo había dicho, en cualquier caso no con palabras, pero había sido en todo momento de esa opinión, en medio de esa falta de sentido, había llevado su disciplina hasta la máxima disciplina, se había creado un sistema que había sido; se había vuelto cada vez más el suyo propio, reconozco en ese sistema mi propio sistema. En contra de la falta de sentido, alzarse y comenzar, trabajar y pensar nada más que en medio de la falta de sentido. ¿Tenía que seguir pensando yo sus pensamientos? ¿Tenía que adoptar su sistema, hacerlo mío? Pero la verdad es que, desde el principio, había sido también mi sistema. Despertar, comenzar hasta el agotamiento,

hasta que los ojos no pueden ver ya, no quieren ver ya, terminar, apagar la luz, entregarse a las pesadillas, abandonarse a ellas como a una ceremonia sin igual. Y por la mañana otra vez lo mismo, con la máxima precisión, con la mayor insistencia, *la significación fingida*. Sentado en el tronco de árbol, con el Heukareck ante mí, contemplaba la infamia de un mundo del que me había separado, del que me había apartado con todas las reservas imaginables, para poder verlo desde mi ángulo y a través de mi objetivo. Ese mundo tenía exactamente el aspecto que mi abuelo me había descrito, como entonces yo había sido todavía incrédulo y no había estado dispuesto a aceptar todo lo que me describía, le había escuchado, pero me había negado a seguirlo, en cualquier caso los primeros años, más tarde había tenido yo mismo las pruebas de la exactitud de sus afirmaciones: el mundo es en gran parte asqueroso, miramos una cloaca cuando lo miramos. ¿O no? Ahora tenía la posibilidad de comprobar las afirmaciones de mi abuelo, me obsesionaba tener las pruebas de la exactitud de sus afirmaciones en mi cabeza, y me apresuraba y perseguía esas pruebas, por todas partes, en todos los rincones de la ciudad de mi juventud y de su entorno más próximo. Mi abuelo había visto bien el mundo: como una cloaca, en la que se desarrollaban las formas más hermosas y complicadas, si se miraba el tiempo suficiente, si se abandonaba la vista a aquella perseverancia microscópica. La cloaca tenía dispuestas las bellezas de la Naturaleza para la mirada aguda, para la mirada revolucionaria. Pero seguía siendo una cloaca. Y quien la mira mucho tiempo, la mira durante decenios, se fatiga y muere y/o se precipita en ella de cabeza. La Naturaleza era la que él clasificaba como cruel, los hombres los por él descritos como desesperados y viles. Yo estaba buscando siempre pruebas que contradijeran sus opiniones, en ese punto, desde ese ángulo podré desautorizarlo, había pensado, pero no, siempre tenía sólo en mi cabeza la confirmación. El señalaba, y yo lo revelaba y confirmaba. Sentado en el tronco de árbol, practicaba ahora esa demostración en el recuerdo para relajarme, trataba de repetir mis investigaciones, de hacérmelas presentes una vez más, en esa clase de intentos había alcanzado ya la maestría, tenía la posibilidad de evocar el recuerdo cuando quería y de ponerlo a prueba una y otra vez. Mi historia era ya entretanto una historia mundial con miles y miles, si no millones de datos, almacenados en mi cerebro, recuperables en todo momento. Mi abuelo me había hecho conocer la verdad, no sólo su verdad, sino también mi verdad, la verdad en general, y además, al mismo tiempo, los errores totales de esas verdades. La verdad es siempre un error, aunque sea la verdad al cien por cien, todo error no es más que la verdad, así continuaba yo, así tenía la posibilidad de seguir avanzando, así no tenía que interrumpir mis planes. Ese mecanismo me mantiene vivo, me hace posible existir. Mi abuelo había dicho siempre la verdad y se había equivocado totalmente, como yo, como todos. Estamos en un error cuando creemos estar en la verdad, y a la inversa. El absurdo es el único camino posible. Yo conocía ese camino, la carretera que continúa. Sentado en el tronco de árbol, me complacía en comprobar la cuenta que había hecho mi abuelo, en sumar las cifras escritas unas debajo de otras, lo hacía como el aprendiz de comercio en la tienda, con la misma precisión, con la misma falta de miramientos hacia el comprador. Entramos en la tienda de la vida y compramos, y tenemos que pagar la cuenta. Aquí el vendedor *no* se equivoca. Todo lo sumado entretanto es exacto, es siempre el único precio acertado. Sentado en el tronco de árbol, me preguntaba por mi origen y sobre si debía interesarme siquiera dónde había surgido, si me atrevía al descubrimiento o no, si tenía o no la desfachatez de investigarme a fondo. Nunca lo había hecho, siempre me había estado vedado, yo mismo me había negado a quitar capa tras capa, *a descubrir el secreto*, no me sentía en condiciones de ello, demasiado débil y a la vez incapaz, y ¿qué tenía en las manos y en la cabeza para esa expedición, salvo cosas confusas, enredadas, insinuadas de mala gana? ¿Estaba ahora en condiciones de renunciar a mí mismo, ante mí mismo? ¿De hacer lo que jamás me había atrevido a hacer ante los ojos de los míos, por no hablar de mi madre,

averiguar por lo menos el origen de mi padre? Hasta hoy no sé nada de él, salvo que fue con mi madre a la misma clase primera de la escuela elemental y que, a los cuarenta y tres años, después de haberse casado en Alemania y haber hecho aún cinco hijos más, murió en Francfort del Oder, cómo, no lo sé, unos dicen que lo asesinaron, otros que lo fusilaron, por quién, por qué bando en mil novecientos cuarenta y tres, yo no lo sé. A vivir con esa incertidumbre me he acostumbrado entretanto, para perforar la niebla humana y también la política no he tenido nunca valor, mi madre se había negado a decir ni una sola palabra sobre mi padre, por qué, no lo sé, dependo sólo de suposiciones, todo lo que se refiere a mi padre se ha quedado en suposiciones, a menudo me preguntaba, porque al fin y al cabo fue mi padre, *¿quién fue mi padre?* Pero yo mismo no podía darme respuesta y los otros no estaban dispuestos a ello. Qué grande debe de haber sido el crimen o deben de haber sido los crímenes de mi padre natural, para que en mi familia, incluso ante mi abuelo, no pudiera yo mencionar su nombre, no se me permitía decir la palabra *Alois*. Han pasado ya ocho años, había descubierto a una amiga del colegio de mi madre, que había ido también con mi madre a la escuela elemental, y que conocía a mi padre, lo conocía muy bien, como sé ahora, y yo había tenido el valor de concertar con ella una cita en la que estaba dispuesta a hablar de mi padre. Pero un día antes del encuentro descubrí en el periódico una imagen espantosa: dos cadáveres decapitados en una carretera de acceso a Salzburgo; la compañera de colegio de mi madre, la única que hubiera podido informarme sobre mi padre, había tenido un accidente mortal. Con aquella imagen aterradora del periódico tuve la certeza: no debo preguntar más por mi padre. El era hijo de un agricultor y había aprendido el oficio de ebanista, las cartas que escribió a mi madre estaban, al parecer, llenas de mentiras. No me había reconocido, se negó a pagar por mí ni un chelín. Me veo entrar en el ayuntamiento de Traunstein, de la mano de mi madre, a los siete u ocho años, para que pudieran hacerme una prueba de sangre, la prueba de la paternidad de *Alois Zuckerstätter*, mi padre. La prueba de sangre confirmó la paternidad, pero no se pudo encontrar a mi padre y éste no había pagado nada por mí. La venganza de mi madre consistía a menudo en enviarme *a mí* al ayuntamiento, para recoger por mí mismo los cinco marcos que el Estado pagaba por mí al mes (!), no se recataba en enviarme a mí, un niño, a aquel infierno, con la observación : *para que veas lo que vales*. Tampoco eso lo olvidaré, como es natural, cómo mi propia madre se vengaba del hombre 'infiel, enviando al infierno a su hijo e hijo de aquel hombre con una frase diabólica, con la más diabólica de las frases que resuenan en mis oídos. Qué intensa y qué profunda puede ser la desesperación lo sé por esas idas al infierno, al ayuntamiento de Traunstein, los primeros de mes *eran* para mí idas al infierno. ¿Lo sabía mi madre? ¿Asesinado? ¿Fusilado? La cuestión, evidentemente, me preocupa todavía hoy. En el cuarenta y cinco, unos meses después de la guerra, por mi propia iniciativa, descubrí al padre de mi padre, vivía en Itzling, un suburbio de Salzburgo, en el barrio de la estación, en un sótano, en el sótano húmedo y frío de uno de sus hijos, uno de los hermanos de mi padre, a los que no he visto en toda mi vida, no he tenido interés en conocerlos, por qué había de tenerlo, sabía de su existencia, pero no quería remover nada. Ese padre de mi padre, que en aquella época tenía ya los setenta y que sólo recientemente, como he sabido por los periódicos, ha muerto a los ciento cuatro años, y que probablemente, eso pensé, eso pienso, se quedó todo ese tiempo en aquel agujero de sótano húmedo y frío, había hablado de mi padre como de un animal, de cada uno de sus hijos como de un animal, hacía tiempo que mi padre había *acabado*, había dicho, sentado en una especie de trono, sobre un gigantesco montón de ropa sucia y porquería. En aquel sótano había lo que se llama una gigantesca cama con dosel, de pesadas cortinas de terciopelo, y como el trono había sido tallado de la misma forma en la misma madera dura y era de la misma horrorosa monstruosidad, yo había pensado si mi padre habría construido y tallado aquel mueble de mal gusto, porque al fin y al cabo había sido ebanista, como me

consta; sin embargo no lo pregunté. Una y otra vez, aquel abuelo paterno, al que sólo he visto esa única vez en mi vida, ni antes ni después, había dicho de mi padre que se había ido a Alemania y hecho allí cinco años y que había *acabado*. No había dejado de mencionar que su hijo se había casado, una y otra vez, *ése se casó en Alemania e hizo cinco hijos y hace tiempo que acabó*. Ese abuelo sacó de una mesita bamboleante, que no armonizaba tanto con los restantes monstruos del mobiliario, un cajón y de ese cajón una fotografía coloreada, y me la dio, el retrato de mi padre, que era tan parecido a mí que me asusté. Me guardé la fotografía y corrí a casa, y no había podido dominarme y le había descrito a mi madre mi aventura, había intentado describírsela, pero no lo había logrado, porque en cuanto empecé a decirle a mi madre sólo que había descubierto al padre de mi padre, me cubrió de insultos y me maldijo. La imprudencia de enseñarle la fotografía de mi padre había sido motivo suficiente para arrancarme esa foto de la mano y arrojarla al fuego. Nunca más después de ese enfrentamiento, que recuerdo como uno de los peores de mi vida, había mencionado en casa a mi padre. No removí más la cuestión, y me contenté con especular sobre cómo *podía* haber sido, qué clase de hombre, qué clase de personaje. Para eso tenía realmente el mayor margen. No carece de importancia que fuera mi propia madre la que me reveló el lugar exacto en que fui engendrado. ¿Qué motivo había tenido, ella a la que luego no se le podía recordar siquiera a mi progenitor, para esa revelación? De la compañera de colegio de mi madre, la mujer de un carretero de Henndorf, hubiera sabido sin duda muchas cosas, si no todas, y hoy sabría más de lo horriblemente poco que sé. Con esos conocimientos que, cuanto más viejo soy, tanto más escasos resultan, es absurdo emprender la más mínima investigación sobre mi padre. Pero ¿quiero hacerlo en el fondo? ¿No es una ventaja saber tan poco y casi nada de mi progenitor, convertir sencillamente los presentimientos sobre el interesado, una y otra vez, en medio con calidad de fin? ¿Habían obrado acertada o equivocadamente ellos, los míos, incluido mi abuelo, al borrar a mi padre de mi vida? La cuestión queda abierta, su culpa persiste, lo mismo que quedan mis suposiciones y queda mi recelo, en fin de cuentas una necesidad constante y muy a menudo también instante de acusar a los míos. Pero ahora están todos muertos, y es inútil pedirles cuentas, condenar a los espíritus y meterlos en presidio es absurdo, ridículo, mezquino y bajo. Así pues, los dejo tranquilos. Pero una y otra vez toco todas las cuerdas, para poder oírlo, todo el instrumento familiar, toque bien o mal en él. Se merecen 'que no perdone sus cuerdas, pero las que están llenas de disonancias me estimulan siempre más que las otras y, dicho sea con toda franqueza, me resultan en cualquier caso más queridas. En el dormitorio, en mi cama de al lado de la puerta y tapado hasta la barbilla, entre los enfermos que dormían y no estaban, como yo, despiertos, me veía en mis intentos de apartar la maleza de mi origen, pero no servía de nada, aquel esfuerzo sin pausa, cuanto más me metía entre los arbustos, tanto más aumentaba la oscuridad y con ella el desierto, me veía a la merced de posibilidades tanto mayores de ser herido, de la forma desamparada que conocía ya desde mi más temprana infancia. Sin embargo, no quería dejarme apartar de mis inútiles intentos de obligar a la luz, por todos los medios que me eran posibles, a penetrar en la oscuridad y en las tinieblas, aunque conociera ya aquella pesadilla. ¿De dónde era *realmente* mi abuelo? ¿De dónde era *realmente* mi abuela? ¡Por parte de padre! ¡Por parte de madre! De dónde eran todos los que me llevaban sobre su conciencia y a los que yo exigía ilustración. Cuando los llamé, todos se habían ido, semejantes a espectros. Intentaba acecharlos en todos los rincones imaginables, cortarles el paso, pero ellos eran más rápidos, más hábiles, sencillamente más astutos y se habían escapado ya cuando creía agarrarlos. No atendían a sus nombres, no comprendían de qué hablaba cuando les hablaba, hablaban un idioma totalmente distinto, que me era incomprensible. Yo era suficientemente ingenuo para creer que podía esperar de cada uno de ellos una historia, que luego, en mi propia cabeza, podría ensamblar para componer mi propia historia, ése fue mi error. Que sólo

necesitaba llamarlos, donde pudiera atraparlos, detenerlos, para obtener información, para saber la verdad al punto. Mi ingenuidad llegaba hasta creer que podía formular mis preguntas como preguntas de un tribunal, para obtener la claridad como respuesta, sin excepción, sin réplica, cuando la verdad era que, efectivamente, hacía preguntas de forma continua, pero no obtenía ninguna respuesta y, si había respuesta, era una mentira insatisfactoria, una mentira pura y descarada. Me imaginaba tener derecho a todas mis preguntas y el mismo derecho también a las respuestas correspondientes, de forma que preguntaba una y otra vez, conmovedor e inconsciente, y sólo me veía siempre profundamente decepcionado por el eco. ¿Había preguntado suficientemente, pensaba aquí en mi cama, por lo menos a aquellos con los que había vivido cierto tiempo, el que fuera? La respuesta era que no, no les había preguntado lo suficiente, una y otra vez me había guardado esas preguntas para más tarde, las había apartado, y las había guardado y apartado hasta que, finalmente, había sido demasiado tarde. Hubiera tenido que preguntar, no sólo debido preguntar, tantas cosas, a mi abuelo, a mi abuela, a mi madre, cuántas cosas no les pregunté, ahora es demasiado tarde, cuando preguntamos a los fallecidos, a los muertos, se trata sólo de la inutilidad criminal de los supervivientes, que buscan continuamente seguridad para su situación. He tenido todo el tiempo para hacer preguntas, y no las he hecho, ni siquiera las preguntas más importantes, pensaba. De pronto me resultó evidente: ellos impidieron esas preguntas, las esperaban y las temían, y no habían escatimado medios para que no les preguntara. Lo habían conseguido, se habían ido del mundo en fin de cuentas sin tener que responderme. Me habían dejado una maleza, un desierto, una estepa en la que tenía todas las perspectivas de tener que morir de hambre y de sed, de ser aniquilado. Habían tenido preparadas todas las respuestas, pero no me las dieron, no estaban dispuestos para ello, probablemente porque ellos mismos no habían recibido esas respuestas, y se vengaban en mí de su falta de respuestas. Sin embargo, ¿tenía yo un interés real por saber mi origen, es decir, un interés real por aquellos portadores de secretos que se refugiaron en la muerte, que se disolvieron al final de su vida, se disolvieron completamente sin sus enigmas, con los que ahora, echado aquí en la cama, me entregaba a la indecencia especulativa? No lo sé. Las preguntas permanecían, aumentaban con el tiempo, con la torpeza de mi existencia, con mi voluntad de conocer. ¿Someter a prueba el estar aquí y no saber nada de sus fundamentos? Yo existía, en gran parte de mi existencia, sobre la base del no saber, no del no sospechar. ¿De dónde sacaba sin embargo mis pruebas, las jurídicamente válidas, por decirlo así, que tenía ante mí? Nunca había dejado de ir a las pruebas, mi vida entera había estado dedicada a buscar las pruebas de mi existencia, unas veces con más intensidad, otras con menos, pero siempre de forma insistente y consecuente, sin embargo, cuando tenía esas pruebas en mis manos o las tenía en mi cabeza, no eran suficientemente sólidas, se, revelaban inútiles, engañosas, un retroceso. Me ocupaba también naturalmente de los motivos que me impulsaban a buscar pruebas de mi origen, a veces menospreciaba la intensidad con que quería tener sin falta esas pruebas, porque sabía que no eran sin falta necesarias, no quería ser un tribunal dispuesto a dictar sentencia, a sentar jurisprudencia, allí donde no tenía absolutamente ningún derecho. Al final de la curiosidad surgiría algo, de lo que hasta ahora no había sabido nada y que me lo aclararía todo, había pensado. Me pasaba noches enteras observando a mis compañeros de enfermedad que dormían e investigando mi origen, me había acostumbrado a esa práctica, pero sin convertirla en método. Cuando no podía dormir y, sencillamente, no podía pensar ya en dormirme, por la razón que fuera, penetraba en la maleza, para aclararla, pero no se aclaraba. Reconocía a las personas en la oscuridad de la maleza por sus costumbres, no por sus rostros, que no podían verse. Aquellas personas de mi historia, sin embargo, no estaban dispuestas a dejarse arrastrar a mi juego, habían calado los motivos de mi expedición, me despreciaban dondequiera que me encontraban, y se escurrían al momento. Yo me

acercaba a mis compañeros de enfermedad con prudencia, con la misma prudencia con que ellos se acercaban a mí, se mantenían a distancia, como yo, por instinto de conservación, la verdad es que, cuando participaba, era más observador que miembro de toda aquella comunidad, que poblaba aquella casa con olores a cerrado. Por un lado estaban los médicos, que correspondían a mi desconfianza con su arrogancia, su inactividad, con su cotidiano funcionamiento médico en vacío, y por otro los enfermos, que no me reconocían, no podían reconocerme como uno de ellos, no les resultaba transparente, quizá era sólo una aparición transitoria, un número demasiado ligero para ellos, no un paciente de pleno derecho, compañero de muerte de sus iguales. Durante algún tiempo me había esforzado por ser uno de ellos, no lo conseguí, tuve que retraerme otra vez, pasé otra vez a la reserva. No tenía su humor, su indiferencia, su bajeza, porque tenía mi humor, mi indiferencia, mi bajeza, mi perversidad absolutamente propia, que me excluía de antemano de ellos. La decisión había recaído hacía tiempo, me había decidido por la distancia, por la resistencia, por mi marcha, sencillamente por recuperar la salud, después de haberme entregado durante cierto tiempo a su prepotencia. Mi voluntad de existencia era mayor que mi disposición para morir, y por consiguiente no era uno de ellos. Eso no quiere decir que la superficie del trascurso de la jornada no mostrase una imagen de pertenencia, al fin y al cabo tenía la misma apariencia que ellos, hacía lo que ellos hacían, me movía como ellos, de la forma más discreta posible. Sin embargo, mi resistencia no se les escapaba, tampoco a los médicos, por eso tenía siempre, como es natural, dificultades; era siempre, en todos los casos, el espíritu de contradicción, con el que resultaba difícil hacer nada, los médicos me hacían sentir su frialdad, los pacientes su desprecio. Yo era un gato escaldado, que no se integraba y subordinaba ya aturdidamente y sólo por razones de comodidad. Escuchaba sus historias, que eran sólo historias de sufrimiento, como todas las historias, como la Historia entera, compartía con ellos las comidas, hacía cola con ellos ante la sala de rayos, me apretaba con ellos en el ambulatorio, me sentaba con ellos a la mesa, reposaba con ellos en la galería de reposo, me acaloraba con ellos, contra los médicos y contra el mundo entero, llevaba su vestimenta. Llevaba en las manos las insignias de la casa, la botella de escupir y el cuadro de temperaturas. No iba los domingos a la capilla porque fuera católico, sino porque no sólo era un hombre musical sino un chiflado por la música, que seguía teniendo la intención de convertir la música en signo supremo de la justificación de su existencia y en su única pasión verdadera, en la totalidad de su vida. Por eso, aquellos domingos, de pie junto al armonio, que tocaba mi amigo el director de orquesta, cantaba una misa de Schubert. Unos diez o doce enfermos, en calidad de cantantes, se congregaban aquí los domingos, a las seis de la mañana, con sus batas y sus jerséis baratos y raídos, y cantaban la misa de Schubert con el fervor del aficionado, en honor y gloria del Dios Eterno. Tres o cuatro hermanas de la Santa Cruz animaban a aquellas voces miserables que salían de gargantas demacradas y temblorosas, las empujaban al Kyrie y continuaban inflexible e inexorablemente durante toda la misa hasta el Agnus, en el que se alcanzaba el punto máximo de agotamiento. El que cantaba aquí gozaba del favor de las religiosas, estaba antes que los otros en posesión de una manta más cálida, podía esperar unas sábanas mejores o incluso también, antes que todos los otros, una vista mejor desde su ventana. Al final *Te alabamos, Dios de los Cielos*, siempre con el mayor volumen posible, saliendo de todas aquellas gargantas graznadoras y corroídas. Allí estaba yo, cantando con ellos, gritando con ellos, graznando con ellos, con la vista puesta en aquellas cabezas sudorosas y basculantes, que eran sostenidas en alto por unos cuellos grises y delgados, como en una picota. Detrás de mí tenía en la pared las esquelas de los muertos, delante de mí los cantantes vivos. Cantarán hasta que sus nombres queden fijados al muro detrás de mí, pensaba. Entonces vendrán nuevos cantantes y así sucesivamente. Yo mismo me resistía a que mi nombre estuviera un día fijado a aquel muro, orlado de negro. No

cantaré aquí tanto tiempo, había pensado. Ya me arrepentía de haberme ofrecido para el coro de la capilla, no quería ir más a misa, pero para eso era ahora demasiado tarde, las hermanas de la Santa Cruz me hubieran hecho sufrir las consecuencias, de forma que seguí cantando, todos los domingos, siempre la misma misa de Schubert, hasta que no pude oírla más, y resistiéndome continuamente a la idea de que mi nombre quedara fijado a la pared. ¿No había cantado, sólo el domingo anterior, el Agnus Dei con aquél cuyo nombre estaba ahora fijado detrás de mí en el muro? *Pater Oegg*, con quien hacía sólo unos días había hablado en el jardín de atrás del edificio adyacente sobre el funcionamiento del gramófono, lucía ahora en la pared, en gruesos caracteres, con dos palmas cruzadas sobre su nombre. Cantas en el coro hasta que cesas en el cargo, durante algún tiempo tu nombre queda fijado al muro, y luego, un día no lejano, es sustituido por otro. Gritaban *Te alabamos, Dios de los Cielos* y se disolvían en una hoja impresa de mal gusto, clavada con una chincheta. Al terminar la misa, aquella comunidad de la capilla era sacudida por un ataque de tos monstruoso y general, del que se alejaban con paso rápido las hermanas de la Santa Cruz. Los cantantes se deslizaban a lo largo del muro hasta la caja de la escalera, y se abrían paso mano a mano por la baranda, pie a pie por las escaleras, hasta el comedor, para tomar el desayuno. El olor a café lo dominaba ahora todo. Después del desayuno, armada de botella de escupir y cuadro de temperaturas, aquella fatigada columna se dirigía por los pasillos a la galería de reposo, para instalarse allí, completamente agotada ya de mañana. El frío subía desde abajo a través de las grietas de las tablas, y cortaba los rostros por delante directamente. Condenados a la inactividad, todos se entregaban al embrutecimiento, a excepción de mi amigo el director de orquesta, que tenía siempre sobre sus rodillas recogidas una partitura para piano, en la que tomaba notas diligentemente, trabajaba para su carrera, se preparaba ininterrumpidamente para la libertad, para las salas de concierto que lo acogerían, para las óperas, a veces lo veía desde un lado llevar el compás al estilo de los directores de orquesta, y eso me divertía. Sus compañeros de sufrimiento lo observaban con recelo, y los médicos hacían observaciones sin tacto sobre él, cuando lo veían estudiar en la galería de reposo. Yo me aferraba a la imagen que me mostraba mi amigo el director de orquesta, a aquella actitud optimista, a aquella afirmación absoluta de la existencia, ese camino es también el camino para mí, había pensado, aquí tengo un modelo. Todos yacían apáticos y perdidos, respirando roncamente y escupiendo, habían aceptado la letargia que conduce a la muerte, mi amigo el director de orquesta se resistía, actuaba en forma opuesta, y yo trataba de imitarlo. También él escupía, también yo escupía, pero escupíamos menos, y no dábamos positivo. Un día dieron de alta a mi amigo el director de orquesta, otra vez estaba *yo solo*. *Dado de alta*, ¡qué expresión! ¡Qué afirmación! Tenía que recorrer solo mi camino, mis frases no tenían ya contraparte, hablaba, pero me quedaba sin respuesta. Había sido devuelto al punto de partida, el hilo que me unía al arte, incluso a la ciencia, se había roto. *Dado de alta*, eso no ocurría casi nunca, pero ahora tenía también la esperanza de que me dieran de alta. ¡Aquel hombre era mi modelo, el que aspira a abrirse camino, el obsesionado por la existencia, el artista, el que quiere ir más lejos! Realmente, mi sombra disminuía, incluso, de repente, no estuvo ya allí. El Ayudante me anunció que estaba curado, podía irme, *aquí no* había ya sitio para mí. ¡Me había tocado la lotería! Pero ¿me convenía ese premio? No llegué a ninguna conclusión clara. Pasé unos días aún en el establecimiento, me di cuenta de que había estado aquí nueve meses. Me había acostumbrado a Grafenhof. ¿Qué me esperaba en casa? El estado de mi madre no había cambiado, la desesperación de los míos era aún mayor. Mi vuelta al hogar no me alegraba realmente, no podía alegrarme, *naturalmente que no*. No me deseaban en absoluto, como es lógico. La agonía de mi madre se acercaba a su culminación, para mí no tenían tiempo. Si recordaba la situación de mi familia como catastrófica, ahora todo era peor aún, todos estaban a punto de derrumbarse. El lenguaje es inútil cuando se trata de decir la verdad, de comunicar cosas, sólo permite

al que escribe la aproximación, siempre, únicamente, una aproximación desesperada y, por ello, dudosa al objeto, el lenguaje sólo reproduce una autenticidad falsificada, una deformación espantosa, por mucho que el que escribe se esfuerce, las palabras lo aplastan todo contra el suelo y lo dislocan todo y convierten la verdad total en mentira sobre el papel. Otra vez había viajado yo al infierno, en la dirección opuesta. El tuberculoso que sale del sanatorio, aunque lo hayan dado de alta, tiene obligación de hacerse reconocer por el médico del seguro que le corresponde y de llevar sus esputos al laboratorio, y yo fui primero al laboratorio. Cuando recogí los resultados, me dijeron que era contagioso, tenía una tuberculosis *abierta*, tenía que ir al hospital *al instante*, y tenía que ser *aislado*, dijeron los del laboratorio, no había posibilidad de error. Dos días después de haber sido *dado de alta* en Grafenhof, tenía ahora una *tuberculosis pulmonar abierta*, es decir, el temido agujero, la caverna, de la que siempre había tenido el mayor miedo. Me fui a casa, y comuniqué la noticia de que padecía una *tuberculosis abierta* y tenía que ir inmediatamente al hospital. Mi comunicación no había tenido el efecto que hubiera sido lógico, como es natural, yo sólo podía ser un problema marginal, la enferma era mi madre, no yo. Después de la comida con mi abuela y con mi tutor, que hicimos en el rincón de la vivienda donde nos refugiábamos, en la cocina, hirvieron inmediatamente mi cubierto y, sólo con unas cuantas cosas necesarias bajo el brazo, me fui al hospital. A mi madre, así se decidió, no se le diría la verdad. Al hospital pude ir a pie, sólo eran unos cientos de metros. El servicio de pulmón estaba instalado en varios barracones y se reconocía ya desde lejos por el olor a podrido que salía de esos barracones, aquí había una serie de enfermos de cáncer de pulmón con las ventanas abiertas y las puertas abiertas, y había en el aire un hedor espantoso. Pero me acostumbré a ese hedor. Me hicieron un *neumo*, un neumotórax y, al cabo de unos días, me dejaron salir otra vez, con la advertencia de que tenía que ir *sin demora* a Grafenhof. Mi partida se retrasó, y tuve que quedarme varias semanas en casa, durante ese tiempo, a intervalos determinados, aproximadamente cada semana, tenía que hacer que me llenara de aire mi *neumo* el especialista de pulmón más conocido de la ciudad, en la París-Londron-Strasse, segunda casa a la derecha. El paciente se echa en la cama de la consulta y, con un tubo fino, se le inyecta aire entre el diafragma y el lóbulo pulmonar, el lóbulo pulmonar enfermo, de esa forma se comprime el agujero para que se cierre. Había visto ya a menudo ese proceso, sólo al principio resulta doloroso, luego el paciente se acostumbra a él y lo considera natural, y se convierte para él en costumbre, desde luego tiene siempre miedo, pero al terminar el proceso ese miedo resulta infundado. No siempre infundado, como pronto tendría que experimentar. Un día, ese médico notable, que era incluso catedrático, me estaba llenando de aire, y en medio de la operación fue al teléfono, mientras yo estaba echado en la cama de la consulta y tenía el tubo en el pecho. Le preguntó a su cocinera por el almuerzo y le expresó sus deseos. Después de largas discusiones sobre cebolletas y mantequilla, patatas o no patatas, el profesor puso fin al debate y tuvo a bien volver a su paciente, echado en la cama de la consulta. Me introdujo aún cierta cantidad de aire y me invitó entonces, como de costumbre, a pasar detrás de la pantalla de rayos, sólo así podía comprobar cómo se había repartido el aire dentro de mí. Como es natural, siempre resultaba penoso y de ningún modo sin dolor el levantarse, sólo lo pude hacer lentamente y me puse detrás de la pantalla de rayos. Sin embargo, apenas había adoptado la posición deseada, tuve un ataque de tos y me desmayé. Todavía pude oír como el profesor decía, *Dios santo, le he hecho otro neumo*, y luego me encontré otra vez en un sofá que había en el rincón. Mi desmayo no podía haber durado mucho tiempo, oí cómo la ayudante de la consulta despedía a las personas que había en la sala de espera. Cuando todos los que esperaban estuvieron fuera, me quedé solo con el profesor y su ayudante. No podía moverme sin desencadenar de nuevo un espantoso ataque de tos, por otra parte apenas tenía aire. Tuve miedo de morir, y pensé que era realmente horrible morir precisamente aquí, en aquella consulta sombría, que

olía a cerrado, en aquella consulta espantosamente pasada de moda y fría, sin nadie que significara nada para mí, bajo las miradas espantadas y los más horrorizados gestos de mis torturadores aficionados. Por si fuera poco, el profesor se había arrodillado delante de mí y, con las manos juntas, decía: *¿Pero qué voy a hacer con usted?* Esa es la verdad. Ya no sé cuánto tiempo estuve echado en ese estado en el sofá. En cualquier caso, de pronto tuve otra vez la posibilidad de levantarme y dejar la consulta, y bajé corriendo, a pesar de la resistencia del médico y de su ayudante, que me habían dado los dos una impresión de total impotencia y al mismo tiempo de espanto, los tres pisos de la casa del médico, hasta salir al aire libre. Una reconstrucción ulterior ha dado por resultado que, abajo, en la calle, había subido incluso a lo que se llama un trolebús y me había ido a casa. Allí debí perder otra vez el conocimiento, no lo sé, eso contaron los míos, que me llevaron inmediatamente al hospital, otra vez al barracón de pulmón, que había conocido ya hacía unas semanas y que, por consiguiente, conocía muy bien. Inmediatamente había aparecido el profesor en el hospital y me había explicado que no había ocurrido *nada de particular*. Lo dijo insistentemente, una y otra vez, excitado y dirigiéndome una mirada maligna, no era otra cosa que una amenaza. Ahora (¡la causa era la discusión sobre el menú del profesor!) mi neumo recién hecho se había echado a perder, y había que encontrar algo nuevo. Me harían lo que se llama un *neumoperitoneo*, un neumo abdominal, en el que se inyecta aire sobre el ombligo, en el centro del cuerpo, y que presiona simultáneamente de abajo a arriba ambos lóbulos pulmonares, algo único en aquella época, un avance apenas experimentado todavía, del que ni siquiera en Grafenhof había oído yo nada. El profesor, con una ridícula llamada telefónica, me había destruido el neumo y, en cualquier caso, puesto en un estado muy peligroso. El neumoperitoneo, sin embargo, sólo puede hacerse si antes se inmoviliza el diafragma por algún tiempo, durante años al menos. Con ese fin se seccionaba siempre el llamado nervio frénico, lo que exigía una operación, un corte sobre la clavícula dado con pleno conocimiento, porque durante la intervención había que garantizar la posibilidad de comunicación entre cirujano y paciente. Ya en los próximos días, me dijeron, me harían una operación de frénico, se trataba de un *aplastamiento* del frénico, no de una resección del frénico, el aplastamiento era lo más nuevo, apenas utilizado todavía, sólo se aplastaba el nervio frénico, y se inmovilizaba durante años el diafragma, sin embargo se recuperaba luego otra vez, a diferencia del nervio seccionado radical y completamente, práctica que se había utilizado hasta entonces. Aquella intervención era una menudencia, me dijeron, no una operación, sólo una intervención, una ridiculez desde el punto de vista médico. El mismo haría esa intervención, decidió el Jefe. Con espanto, yo había comprobado entretanto que se trataba del mismo Jefe que había confundido la vesícula llena a reventar y obstruida de mi abuelo con un tumor, y tenía por tanto la muerte de mi abuelo sobre su conciencia. Sólo habían pasado unos meses desde ese error técnico, pero al fin y al cabo yo no tenía otra opción que consentir en todo lo que ahora iba a ocurrirme, tenía que ocurrirme. En realidad, naturalmente, yo no podía tener la menor idea de cirugía pulmonar, cómo hubiera podido tenerla, y había tenido que someterme a todo lo que se proponían hacer conmigo. Dejé que ocurriera todo con la impasibilidad del conmocionado y espantado. Me alojaron también aquí, en el barracón de pulmón, en una gran sala, en la que había por lo menos una docena de camas, las mismas camas de hierro que conocía ya de mi primera estancia en el hospital, en el servicio de medicina interna. Aquí lo conocía ya todo, sólo tenía que penetrar en las atroces especialidades de la cirugía pulmonar. Para eso había tenido las mejores oportunidades. Aquellos barracones procedentes de la guerra estaban totalmente aislados de los restantes edificios del llamado hospital del *Land*, y se encontraban en un estado de abandono, en los pasillos, en los que sólo se podía entrar con un trapo delante de la nariz, porque el hedor de los enfermos de cáncer era tan penetrante que resultaba imposible respirarlo directamente, las ratas no eran nada raro, pero también a aquellos animales gordos, que corrían por el

suelo como relámpagos, se había acostumbrado uno rápidamente. Todavía sé que me colocaron junto a un joven, por suerte al lado de una gran ventana, casi siempre abierta, un joven que sólo poco tiempo antes había sido corredor ciclista, y ahora yacía allí, a los veinte años, con los pulmones destrozados en su cama, siguiendo día y noche el curso de las grietas del techo del barracón. Había participado en varias carreras internacionales, en la última se había derrumbado y lo habían ingresado en el hospital. No podía creer que estuviera gravemente enfermo del pulmón y en las últimas, al fin y al cabo sólo unas semanas antes había sido un famoso, así llamado, as del deporte. Había nacido en Hallein, y sus parientes lo visitaban, siguiendo perplejos su triste evolución. No tenía intención de quitarle a ese joven las ilusiones, estaba decidido a reservarme lo que sabía. El había creído que pronto podría dejar otra vez el hospital, pero la realidad había resultado horrible: de una operación, para la que vinieron a buscarlo una mañana, no volvió ya. Todavía veo a su madre recoger las cosas que él había dejado en su mesilla de noche. Como mi intervención se había aplazado unos días, tuve tiempo de explorar el recinto del hospital, al fin y al cabo había estado ya semanas en aquel hospital, sin llegar a orientarme en él, al haber guardado cama en el entorno siempre igual de la gran sala de medicina interna, no había visto nada, salvo partes de ese servicio, pero ahora inspeccioné el hospital entero. Es evidente que visité el servicio en que había estado mi abuelo y en el que había muerto en febrero. Entré en el ala de cirugía del Jefe, con la mayor aversión hacia la ciencia médica y lleno de odio hacia todos los médicos. Aquí, en aquel corredor oscuro y estrecho, el Jefe se había dirigido un día a mi abuela y le había confesado que se había equivocado, y el *tumor del abdomen* era en realidad una vesícula obstruida y llena a reventar, que había envenenado mortalmente a mi abuelo. Dejé el ala de cirugía y fui al servicio de mujeres, al llamado servicio de ginecología, donde le habían quitado a mi madre la matriz, un año demasiado tarde. Estaba demasiado deprimido para dedicarme a más investigaciones de aquella fortaleza médica degenerada, y me eché en la cama y me limité a esperar, durmiendo y tomando poco alimento, el momento fijado para mi aplastamiento de frénico. La verdad es que, antes de esa intervención, había sido torturado muy a menudo por los médicos, pero jamás *operado* aún, y contemplé ahora lo que ocurría a mi alrededor con una solemnidad aumentada, después de haberme administrado, muy de mañana, la llamada inyección tranquilizante, según expresión popular, *inyección de me importa un bledo*, y cómo me levantaban de la cama y me ponían en la camilla y me sacaban del barracón y me llevaban al ala de cirugía. La inyección hace que el anestesiado, en unos segundos, deje de ser una víctima presa del pánico para convertirse en observador interesado de un espectáculo que se desarrolla con mucha calma y en el que él, según cree, interpreta el papel principal. Todo resulta fácil y agradable, y todo ocurre con la mayor confianza y autoconfianza, los ruidos son música, las palabras que el anestesiado oye son tranquilizantes, todo es poco complicado y benigno. El miedo queda suprimido, toda reacción de defensa, el anestesiado ha cambiado la máxima reserva por la máxima indiferencia. El quirófano sólo despierta un interés aumentado por lo que hacen aquí médicos y enfermeras, disfruta de la mayor confianza. Reinan una calma y una dulzura infinitas, y todo, incluso lo que está más próximo, queda relegado a la mayor distancia. La víctima, echada ya en la mesa de operaciones, lo percibe todo con la mayor tranquilidad, en efecto, se siente bien, trata de mirar los rostros que hay sobre él, pero esos rostros se borran, el que está echado en la mesa de operaciones oye voces, tintineo de instrumentos, agua que corre. Ahora estoy atado, pienso. El cirujano da sus órdenes. Dos enfermeras, supongo, de pie a mi lado, me sostienen las manos para tomarme el pulso. El Jefe. dice una vez *respire*, luego otra vez *no respire*, luego otra vez, *respire*, luego otra vez, *no respire*, puedo seguir sus órdenes, lo sé, ahora ha hecho la incisión, ahora separa la carne, liga las arterias por separado, rasca la clavícula, corta todavía más profundo, más y más profundo, quiere esto y aquello, tira una cosa, le dan otra, sigue reinando la misma

calma infinita que al principio, otra vez oigo *inspire, no respire, inspire*, oigo *aguante el aire, espire lentamente, respire otra vez normal, aguante el aire, espire, inspire, aguante el aire, respire otra vez normal*. No oigo más que al Jefe, nada de las enfermeras, luego otra vez *inspire, espire, aguante el aire, espire, inspire*, me he acostumbrado a esas órdenes, quiero ejecutarlas correctamente, lo consigo. De pronto me siento débil, más débil aún, súbitamente es como si la sangre se me escapara totalmente del cuerpo, en ese mismo instante, las enfermeras me sueltan las muñecas y mis brazos caen, y oigo cómo el Jefe dice *¡Jesús y María!*, instrumentos que caen al suelo, aparatos que rechinan. Ahora voy a morir, pienso, se acabó. Luego siento otra vez un tirar y atar en mi hombro, todo amortiguado, no doloroso, todo lleno de brutalidad, pero no doloroso, otra vez puedo respirar, durante cierto tiempo, ahora lo sé, había dejado de respirar, otra vez estoy ahí, todo sigue, estoy salvado. *Respire tranquilo*, oigo, *respire muy tranquilo*, luego otra vez, *espire, aguante el aliento, espire, inspire, espire*. Entonces la operación termina. Me desatan las hebillas de las muñecas, me levantan, con cuidado, muy lentamente, vuelvo a oír al Jefe con su *tranquilo, muy tranquilo*, liberan mis piernas de sus ataduras, y entonces cuelgan hacia el suelo, como veo, sólo lo veo un momento, mientras dos de las enfermeras me incorporan. De la herida abierta, que no puedo ver, me cuelgan sobre el pecho multitud de pinzas, acercan a mí el aparato de esterilización. Entonces me echan otra vez, una tela me cubre el rostro, para que no pueda ver, me cosen la herida. En el suelo había visto sangre a litros, un montón de pedazos de gasa y de algodón empapados de sangre. ¿Qué había pasado? *Había* pasado algo. Pero me escapé, eso pensaba. Me quitan la tela del rostro, me colocan en una camilla y me llevan de nuevo al barracón de pulmón, en una especie de semisueño, sólo podía ver sombras, no podía explicarme nada de lo que percibía. La operación ha terminado, pienso, estoy echado en mi cama junto a la ventana, me duermo. Poco después de despertarme apareció el Jefe, había pasado medio día, era mediodía, y dijo que todo había ido bien, no había pasado nada, ese *nada lo* había acentuado expresamente, todavía hoy lo oigo, aquel *nada*. Pero *había* pasado algo, pensaba yo, y sigo pensándolo todavía hoy. Pero me había escapado, había soportado mi primera operación, tenía aplastado el nervio frénico, y una semana después pudieron hacerme el neumoperitoneo, porque la herida se me cerró rápidamente, en contra de lo esperado, pues hasta entonces había observado siempre que las heridas abiertas de mi cuerpo sólo se cerraban despacio y sólo con las mayores dificultades. Ahora me pincharían en mitad del abdomen, dos dedos por encima del ombligo, y llenarían de aire ese abdomen tanto como fuera posible, para poder comprimir mis lóbulos pulmonares y cerrar el agujero de la parte inferior de mi pulmón derecho. No puedo decir que estuviera bien preparado para ello, de pronto tenía miedo del neumoperitoneo. Hice que el médico jefe que debía hacerme el peritoneo me lo explicara, y la explicación fue tan sencilla como la explicación de la forma de hinchar un neumático de bicicleta, y me fue dada también en un tono totalmente habitual y nada patético, como hablan los médicos jefe de cosas espantosas y siniestras, que para ellos son sólo trivialidades. El médico jefe me dijo también que, en toda Austria, sólo había en aquel momento unos cuantos neumoperitoneos, por lo demás, él mismo había hecho sólo tres, que no le habían planteado ninguna clase de dificultades, era sumamente fácil. Yo estaba echado en mi cama de la ventana, observando la herida de mi clavícula y cómo se cerraba con relativa rapidez. Como no era una distancia larga, me visitaban los míos, también mis hermanos, y me hablaban de la agonía de mi madre, no había forma de que acabara, ellos le deseaban la muerte, no podían soportar más sus sufrimientos, mi propia madre deseaba su muerte más que nada. Yo mandaba saludos para mi madre, mi madre mandaba saludos para mí, no me daba cuenta en absoluto de la horrible situación en que se encontraban entonces los míos, dejaban a mi madre mortalmente enferma para visitarme en el barracón de pulmón, y a la inversa. El que, con ello, casi se habían arruinado sólo había podido saberlo más tarde, en toda su

extensión. Para distraerme en el barracón de pulmón, me habían traído un pesado libro, por desgracia *Los cuarenta días del Musa Dagb*, de Werfel, intenté leer ese libro, pero me aburría, me descubría a mí mismo habiendo leído varias páginas sin saber qué, no me había interesado lo más mínimo. Además, el libro me resultaba demasiado pesado, estaba demasiado débil para sostenerlo. De forma que se cubrió de polvo en mi mesilla de noche. Mudo e inmóvil la mayor parte del tiempo, yo contemplaba con interés creciente el techo de la sala, y utilizaba mi imaginación. Al final estaré otra vez en Grafenhof, pensé, pero ahora volveré allí en condiciones totalmente distintas, como *auténtico enfermo del pulmón, que da positivo, que es uno de ellos*. Traté de explicarme mi situación. Un neumoperitoneo no lo habían tenido nunca en Grafenhof, eso lo sabía, volveré al sanatorio con una especialidad, con algo que causará sensación. Mi segunda entrada en escena en Grafenhof será, en cualquier caso, totalmente distinta de la primera. Me imaginaba mi retorno a Grafenhof, la cara que pondrían y cómo reaccionarían ante mí, tanto enfermos como médicos. Se habían engañado y, con ello, me habían engañado y me habían dado de alta cuando estaba enfermo de muerte. ¿Cómo van a mirarme a la cara, qué van a decirme? me preguntaba, ¿y cómo me comportaré yo? Probaré suerte. ¿No habían fracasado conmigo todos los médicos? Estaba a su merced. Siempre veían algo, pero no era lo que hacía falta ver. Veían algo que no existía. No veían nada, aunque había algo, y a la inversa. Cuando los míos me visitaban, tenían todo el tiempo el pañuelo delante de nariz y boca y, en esas condiciones, era difícil hablar con ellos. ¿En qué consistía esa conversación? ¿Cómo estás? preguntaban. ¿Cómo está madre? preguntaba yo. No se podía mencionar al abuelo en su tumba reciente del cementerio de Maxglan, al que la Iglesia católica no había querido al principio ofrecer ninguna tumba y que, luego, había sido enterrado en un sepulcro de honor de la ciudad, a eso no nos atrevíamos, a hablar a la muerte, a lo definitivo, al final. Una mañana gris y sofocante fui al ala de cirugía donde me esperaba el médico jefe. Era pesado, ancho, tenía manos grandes. Estaba solo, sin ayudante. Tuve que echarme de espaldas y esperar. El médico jefe me pinceló el vientre por encima del ombligo, y luego se echó sin previo aviso sobre mí, con todo el peso de su cuerpo, con ello, de una sola vez y con la rapidez del relámpago, había perforado mi pared abdominal. Me miró satisfecho, murmuró la palabra *hecho*, y oí cómo el aire penetraba en mi cuerpo a raudales, hasta que no cupo más. Naturalmente, después de terminar el proceso no había podido levantarme, me pusieron en una camilla y fui llevado otra vez por una enfermera al barracón de pulmón. Bajo la fecha de la realización de mi neumoperitoneo ponía *¡Operado de neumol!*, también eso lo había pasado ya. Tener un neumoperitoneo era algo extraordinario, algo totalmente especial, y yo me sentía también así, a quien quería saberlo le explicaba lo que es un neumoperitoneo y cómo se hace y qué preparativos son necesarios para ello. También sobre sus efectos estaba informado, y conocía también los peligros. Después de la inyección, el aire inyectado presionaba y se abría camino por todas partes en mi cuerpo, me subía bajo la piel hasta el cuello y bajo la barbilla, creía que iba a reventar, me sentía embaucado, objeto experimental con el que habían realizado un nuevo engaño. Rígido y mudo recibí a los míos, sin poder hablar. Se fueron más deprimidos de lo que habían venido. Yo había escuchado su relato sobre el estado de mi madre, no había reaccionado, y ellos se habían dado la vuelta y se habían ido. Aproximadamente cada quince días, me perforaban la pared abdominal, regularmente, después de un cálculo exacto de la cantidad de aire, me llenaban, siempre de la misma forma desagradable, ya que, si bien podía ir por mi pie a que me inyectaran, tenían que volver a traerme en camilla. Durante esos viajes de regreso por los pasillos del barracón de pulmón, sin embargo, me había considerado siempre afortunado por tener *sólo* un neumoperitoneo, *sólo* un agujero en el pulmón, *sólo* una tuberculosis contagiosa y no un cáncer de pulmón, como los que yacían en las salas abiertas que, al pasar, había podido ver, en ellas se quejaban muy suavemente y, cuando se extinguían, eran transportados por

delante de nosotros en los tristemente célebres ataúdes de zinc, un espectáculo diario. En ese ambiente no debía morir mi madre, había pensado yo, y me consideraba afortunado porque ella estaba en casa. Si es posible, los enfermos de muerte deben estar en casa, morir en casa, sobre todo no en un hospital, sobre todo no entre sus iguales, no hay horror mayor. No olvidaré nunca a mi tutor por el hecho de que, junto con mi abuela, cuidó a mi madre en casa hasta que murió. Los barracones fueron construidos durante la guerra, y estaban hacía tiempo en un estado de absoluto abandono, no habían renovado nada en ellos, para los enfermos de pulmón, para los rechazados con su expectoración mortal eran, al parecer, muy apropiados, los temían, nadie entraba en ellos por su voluntad, una valla cerraba el paso del hospital general al servicio de pulmón, y otra vez por todas partes el letrero: *¡Se prohíbe la entrada!*, el lugar para los barracones estaba bien elegido, estaban apartados, detrás de todas las instalaciones del hospital. A través de las ventanas abiertas se podía oír desde lejos el tráfico de la calle. A menos de cincuenta metros de mi barracón pasaba la calle por la que, todavía un año antes, había ido a la tienda de Podlaha en el poblado de Scherzhauserfeld, la calle de mi aprendizaje. En aquella época no me había percatado en absoluto de los barracones escondidos tras los arbustos a lo largo de la calle, ese tramo de la calle lo había recorrido siempre muy rápidamente, para no llegar tarde a la tienda. Sentía añoranza de la tienda, de Podlaha, del poblado de Scherzhauserfeld y de sus habitantes, ninguno de ellos sabía nada de mi evolución. A Podlaha le había comunicado sólo brevemente que había pasado mi examen de dependiente de comercio, con una postal, con *un cordial saludo*. No lo había visto más. Sin duda me había eliminado, a un enfermo del pulmón no podía emplearlo ya, le hubiera ahuyentado la clientela y, además, lo hubiera puesto en conflicto con la ley. ¿De qué había servido mi evasión del instituto, de qué habían servido mis resistencias a la familia y la escuela, y todo lo relacionado con la familia y la escuela, mi aversión a la sociedad normal, que se somete ciegamente a la estupidez? ¿De qué había servido que me volviera en la Reichenhallerstrasse? Me habían rechazado en todo, como si el mundo entero se hubiera conjurado contra mí, contra todos nosotros que, después de la guerra, habíamos creído poder escondernos en la pequeña burguesía de la Radetzkystrasse. Mi evasión del instituto, mi puesto de aprendiz, mis estudios de música, veía esos signos de mi desobediencia convertirse lentamente en locura y en megalomanía grotesca. Había querido cantar el Yago y ahora yacía con un neumo abdominal en el barracón de pulmón, a mis dieciocho años, sólo podía ser una burla hacia mí. Pero en fin de cuentas había escapado al destino del corredor ciclista. Y no tenía un cáncer de pulmón como aquellos que sólo a diez pasos de distancia gritaban a veces de noche por su *monstruoso* dolor, más allá del concepto de dolor, y que me apestaban el aire con su hedor, tenía una ventaja enorme, todavía no era un moribundo, no tenía que calificarme de sin esperanzas y acabado. Así cavilaba durante días enteros, durante semanas enteras y me asustaba de la transformación de mi cuerpo, el neumo abdominal lo había hecho totalmente sensible al máximo, impresentable, cuando me tocaba sólo sentía el aire bajo la piel, yo no era más que un cojín de aire, y en todo el cuerpo me había salido una erupción, para mí desconocida, que no impresionaba nada a los médicos, como efecto secundario y de color rojo grisáceo, por los medicamentos que ahora, desde hacía ya tanto tiempo, tenía que tomar. Me seguían tratando sin interrupción con estreptomycin, ahora con una cantidad apropiada, el hospital del *Land* se lo podía permitir, y la única razón era aquí la necesidad, no un perverso favoritismo como en Grafenhof, tenía que tragar el llamado PAS¹, todas las semanas cientos de tabletas de un blanco amarillento, que me dejaban junto a la cama en cajas de kilo. Producían una falta de apetito casi total. Y ya no sé lo que, en esas semanas y esos meses, me administraron y me inyectaron además. A veces me despertaba en pleno día, cuando me había quedado adormilado por agotamiento,

¹ Ácido paraaminosalicílico. (N. del T.)

asustado por unas palomas grandes y gordas, que se habían posado en mi cama; odiaba aquellas palomas, estaban pegoteadas de porquería y exhalaban un olor dulzarrón, y cuando levantaban el vuelo ante mi rostro, el polvo se arremolinaba, las consideraba como mensajeras de mi muerte. También mi abuelo había odiado las palomas, las había calificado de portadoras de enfermedades. Durante toda mi vida he considerado a las palomas feas, pesadas, torpemente se posaban por todas partes en las camas de los enfermos y lo ensuciaban todo, cuando las ahuyentaba me daban asco. Cuando pude levantarme ya y dar unos pasos, arriesgué una ojeada a la sala de enfermos de cáncer situada más cerca de la mía y me espanté por el hecho de que en aquella sala se fumaba. Aquellos enfermos de muerte, demacrados hasta los huesos y que se pudrían apestando, estaban clavados en sus camas fumando cigarrillos; cuando la podredumbre del enfermo se mezcla con el humo de los cigarrillos, se produce uno de los olores más atroces. Ahora fuman, dentro de unos días se habrán ido, habrán sido empujados afuera, enterrados, pensé. Cuando veía a las Hermanas de la Caridad desnudar a los que acababan de morir y lavarlos y volverlos a vestir, como si fuera algo lógico, reflexionaba en lo alto que debe ser el grado de embotamiento para poder hacer ese trabajo, o en lo grandes que deben ser la abnegación y el sacrificio. No tenía valor para admirar a aquellas heroínas, me daban miedo. Al término de una vida, los deudos reúnen pantalones y chaqueta y ropa sucia y se la ponen sobre el brazo y se van. Era siempre el mismo cuadro, pero me fascinaba como la primera vez. Ese cuadro me había repelido y atraído a la vez, y la intensidad total de mi contemplación me sorprendía siempre. Una vida, por desmesuradamente que hubiera estado dispuesta y por desmesuradamente que hubiera debido o tenido que desarrollarse, se disolvía ante los ojos de los que quedaban en un montón de carne podrida, sólo sostenida aún por la piel y los huesos. La vida, la existencia, han tirado a un rincón ese montón de carne podrida, que había sido el último rincón para esa vida y para esa existencia, y habían huido. A dónde, es la cuestión. Me guardaré de entrar en ella. Echado en la cama de espaldas con mi neumo abdominal, considerado no sólo por los médicos, sino también por los enfermos, como algo médicamente extraordinario, hinchado y, en general, impresentable, ahora tenía tiempo para reflexionar en todo lo que mis pensamientos habían descuidado en mi vida, y en lo que hasta ahora tampoco me había atrevido a pensar, en los contextos de mis progenitores, en mis propios contextos, *en el gran contexto*, pero, como queda dicho, con mi esfuerzo sólo aumentaba la espesura, oscurecía la oscuridad, desertificaba el desierto. Si remontaba los caminos de mi padre,

pronto llegaba al fin, unas cuantas ramificaciones, unas cuantas figuras vagas en medio de la tempestad desencadenada o en la calma absoluta de la Historia, que venían hacia mí y, en cuanto estaban en mi proximidad, se disolvían en la nada. ¿Qué tengo yo de *allí*? me preguntaba, ¿qué tengo yo de *allá*? ¿De dónde me viene *esa* cualidad? ¿De dónde *aquella*? ¿Mis abismos, mi melancolía, mi desesperación, mi musicalidad, mi perversidad, mi rudeza, mis rupturas sentimentales? ¿De dónde me viene, por una parte, la seguridad absoluta, por otra el espantoso desamparo, la clara debilidad de carácter? Mi desconfianza, más aguda ahora que nunca, ¿qué motivo tiene? Sé que mi padre había decidido un día renunciar a todo, liberarse y alejarse para siempre y definitivamente de todo lo que había sido para él su patria, injertada como en mí probablemente, inducida, de aquella patria, puesta sobre su cabeza como un casco de hierro para que lo oprimiera, de forma que había tomado la decisión de renunciar a todo, y había ejecutado esa decisión de forma consecuente. Prendió fuego a la casa de sus padres y la dejó, nada más que con lo que llevaba puesto, dirigiéndose a la estación de ferrocarril. Se dice que había calculado cómo tenía que preparar el incendio a fin de poder ver ese incendio precisamente en su punto culminante, es decir, en el minuto en que el tren en marcha lo alejara de su patria, como me consta, su exactitud tuvo éxito y pudo deleitarse viendo que la casa de sus padres por él incendiada, su propiedad,

quedaba envuelta en llamas. Con ese espectáculo de la casa de sus padres ardiendo no sólo había extinguido (en él) su patria sino, en general, el concepto de patria. Nunca se había arrepentido de su acción. Sólo llegó a los cuarenta y tres años, y casi no sé de él más que esa historia, no lo vi nunca. Mi madre nació en Basilea, donde mi abuelo estaba matriculado en la universidad. Mi abuela, después de dejar a su marido y a sus hijos, había seguido a aquel estudiante, entonces de ideas socialistas en todo, de Salzburgo a Suiza, en toda su vida no se habían separado ya y sólo se habían casado después de cuarenta años de vivir y existir juntos. No tenía mi madre todavía un año, y ya estaban mis abuelos de viaje por Alemania con la niñita, de localidad en localidad, por amor a las ideas socialistas. Arengas y manifestaciones habían sido la consigna (también de mi abuelo). Cada uno de los míos vino al mundo en un lugar distinto, eso prueba mejor que nada su inquietud, que durante toda la vida ha sido para nosotros tan necesaria como característica. Y cuando quisieron por fin tener tranquilidad y esa tranquilidad estaba ya asegurada, y habían tomado posesión de esa tranquilidad, llegaron la enfermedad y la muerte. Su autoengaño se vengaba ahora. Por muchas cosas que hubiera querido decirle a mi madre, por muchas preguntas decisivas que hubiera querido hacerle, ahora era demasiado tarde. No será ya la persona receptiva para mis preguntas, ahora no tiene ya oídos para mí. Aplazamos las preguntas, porque nosotros mismos sólo las tememos, y de repente es demasiado tarde para ellas. Queremos dejar en paz al interrogado, y no herirlo *en lo más profundo*, y por eso no le preguntamos, porque queremos dejarnos en paz a nosotros mismos y no herirnos *en lo más profundo*. Demoramos las preguntas decisivas, al hacer ininterrumpidamente preguntas inútiles y viles, ridículas, y cuando hacemos las preguntas decisivas es demasiado tarde. Durante toda la vida demoramos las grandes preguntas, hasta que se convierten en una montaña de preguntas y nos ensombrecen. Pero entonces es demasiado tarde. Debemos tener el valor (tanto hacia aquellos a los que tenemos que preguntar como hacia nosotros mismos) de atormentarlos con preguntas, despiadadamente, inexorablemente, de no tratarlos con miramientos, de no *engañarlos* con miramientos. Lamentamos todo lo que no hemos preguntado cuando la persona a la que había que preguntar no tiene ya oídos para esas preguntas, está ya muerta. Sin embargo; aunque hubiéramos formulado todas las preguntas, ¿habríamos tenido una sola respuesta? No aceptamos la respuesta, ninguna respuesta, no podemos hacerlo, no debemos hacerlo, ésa es nuestra disposición afectiva e intelectual, ése es nuestro sistema ridículo, ésa es nuestra existencia, nuestra pesadilla. Preveía lo que me iba a ocurrir, la muerte de mi madre, como algo lógico ya, en efecto, observaba con mis ojos las consecuencias de su muerte hasta en los más pequeños detalles, me escenificaba ya el entierro, oía lo que se decía, lo que se callaba, lo tenía todo ante mis ojos, pero no quería convencerme. La familia, con su brutalidad de la posguerra, la ha aplastado, pensaba, y la muerte de su padre ha acelerado el proceso de su enfermedad. Todavía me llegaban saludos de ella, cada vez más reglas de vida, propuestas prudentes, discretas, para el tiempo de después. Ella había decidido evitar a mis hermanos, es decir, a mi hermano y mi hermana, que tenían apenas siete y nueve años, su final, no debían ser testigos, los niños no debían ver morir a su madre, mi hermana fue enviada a España, mi hermano a Italia. *Ella* preparaba su muerte, *ella* tomaba por sí misma todas las decisiones, se había defendido contra todas las faltas de gusto en relación con su enfermedad mortal, no toleraba la compasión. Con la de su padre, su vida había terminado también, al parecer dijo esas palabras totalmente tranquila. Yo pensaba, no la veré más, estoy ahí con mi neumoperitoneo y no la veré más, pero todavía tuve oportunidad, me dieron de alta en el hospital y pude ir a casa. Dos días más tarde debía volver a Grafenhof, tenía ya en el bolsillo el volante de traslado. Me senté a la cabecera de mi madre, pero no surgió ya ninguna conversación, la inteligencia de ella era clara, pero todo lo que se decía me parecía ridículo. Apenas tuve tiempo de llenar mi saco de marino americano con mis cosas.

Tutor y abuela eran presas de su agotamiento. Aunque mi madre vivía aún, estaba' *abí*, en el piso reinaba ya *el vacío de después de ella*, todos lo notábamos. Nos sentábamos en las sillas de la cocina y escuchábamos con la puerta abierta, pero aquella enferma de muerte guardaba silencio. En Grafenhof no estuve ya en la sala de doce, sino en una de las llamadas solanas, en el entresuelo, para asombro mío mi compañero de enfermedad era el llamado doctor venido a menos, el doctor en Derecho, que ya he mencionado. Su estado crítico lo había llevado a la solana, a la habitación oscurecida por un abeto gigante. También yo había ido a parar a la solana únicamente porque mi estado había sido clasificado como nada seguro. La enfermedad había cambiado entretanto aún más mi cuerpo, lo había cambiado tanto en el intervalo que armonizaba con Grafenhof de la forma más discreta, ahora pertenecía a la categoría de los hinchados, inflado por mi neumoperitoneo, abultado por todos los medicamentos imaginables de que me atiborran, hacía aquí un efecto *natural*, no de algo antinatural, tenía un aspecto *debidamente enfermo* y estaba realmente cualquier cosa menos sano. El doctor en Derecho, el socialista, el predicador de masas, al que odiaban los médicos y que, en la sala de doce, no me había dejado en paz con sus ideas socialistas, no estaba ya ahora en situación de meterme con embudo su Marx y Engels, y explicarme su esbozo básicamente socialista de un mundo futuro, tenía que contentarse con guardar cama y con la consiguiente contemplación sin pausa del techo. Despedía el olor que yo conocía del barracón de pulmón del hospital, y al principio me había sentido espantado sobre todo por esa razón de tener que compartir su cuarto. Pero me acostumbré al olor y al cambio entristecedor que se había producido entretanto en aquel doctor. Ahora no decía ya nada de la república de los soviets, y tampoco pronunciaba ya nunca los nombres de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Tenía la costumbre de escupir primero en el hueco de la mano y sólo entonces hacer pasar lo escupido a la botella, lo que tenía que fracasar, no le preocupaba que con su fatigosa y larga extracción de los pulmones, que iba acompañada de ruidos espantosos, me volviera loco, sobre todo por la noche, que estaba dominada sólo por él y por la extracción de sus lóbulos pulmonares. Aquellas noches fueron las más largas de mi vida. Sólo una vez al día se levantaba el doctor, con ayuda de la enfermera, para que lo lavaran, como es natural no había entonces cuarto de baño, sino sólo un lavabo en la pared. Allí estaba de pie, desnudo y respirando roncamente, y él, el fracasado, se dejaba limpiar sin oponerse. Ese proceso lo agotaba en seguida y cuando, utilizando toda clase de esfuerzos, lo llevaban otra vez a la cama, se dormía inmediatamente. Eso me daba oportunidad de levantarme, para lavarme yo. A mi espalda oía el pesado aliento que salía de los jirones de un pulmón casi totalmente incapaz de funcionamiento, presenciaba el fin de un idealista, socialista, revolucionario, para quien el mundo había buscado el castigo *debido*. Recordaba las reprimendas que el doctor había tenido que soportar en la sala de doce, no sólo de los médicos sino también de las hermanas católicas, el desprecio hacia él precisamente de las gentes que pretendían de sí mismas y en todas sus actuaciones, una y otra vez, ser civilizadas, tener cultura. El comportamiento de los médicos con el doctor que, por lo que recuerdo, no había sido culpable de ninguna infracción de la disciplina, había sido abyecto, el menosprecio, incluso el odio que las llamadas religiosas le hacían sentir ininterrumpidamente eran de una vileza insondable. Aquí tenía un ejemplo de mi experiencia de que el hombre sincero, que sigue sus propios pensamientos con consecuencia y constancia, y que sin embargo, al mismo tiempo, deja totalmente en paz a aquellos que son de otra opinión, se enfrenta con el desprecio y el odio, y de que hacia una persona así sólo se practica la aniquilación. Porque no era otra cosa el hecho increíble de que el doctor, en la sala de doce, hubiera estado alojado con unas personas inconscientes y, en su inconsciencia, sólo brutales, como castigo aniquilador. En la sala de doce no había podido, leer tranquilamente un libro, un periódico, no había tenido diez minutos de tranquilidad para sus pensamientos, le habían molestado intencionadamente o

no, perversamente o no, y lo habían destruido sistemáticamente. Tuvo que producirse su derrumbamiento, su traslado de la sala de doce a *aquella* solana a la que sólo llevaban los casos más graves. Los atormentadores del doctor habían sido jóvenes inconscientes, que siguen la tontería sin rumbo fijo, a los que no se puede reprochar nada, trabajadores no cualificados y aprendices que, como es natural, estaban aquí desquiciados de una forma totalmente espontánea, y se divertían en destruir al doctor molestándolo. El había estado ya demasiado débil para defenderse de esas torturas de la mañana a la noche, y había renunciado ya. Por breve tiempo había sido él también mi maestro, me había vuelto a mostrar un mundo en el que mi abuelo, con abnegación y pasión, me había introducido, en el otro mundo, en el reprimido, en el oprimido, en el inferior, me había vuelto a abrir las puertas de la impotencia. Aquellos muchachos inconscientes habían convertido sus tormentos al doctor, al que habían tomado por objeto de burla cotidiano, en un arte de atormentar en toda regla, aquí habían desfogado su perversidad convirtiendo al filósofo en bufón. Ese filósofo había soportado sus impertinencias, renunciado a toda resistencia, se había sometido. Sin embargo, no se les puede hacer responsables de haber destruido mortalmente a un hombre, porque su ignorancia era la ignorancia estúpida de la juventud no emancipada. La culpa es de los médicos, sobre todo del Jefe y Director, cuya propia máquina continua de atormentar al doctor había observado yo todo el tiempo durante mi estancia en la sala de doce y que habían llevado al extremo su odio hacia el que pensaba de otra forma, hacia la contradicción : aquel socialista, que confesaba franca y sinceramente su socialismo incluso en *aquel* entorno, que al fin y al cabo sólo podía calificarse de católico y nacionalsocialista, tenía que desaparecer, a todo trance, no lo podían ver, y habían pensado aquella monstruosidad: él, el enemigo, tenía que ser aniquilado. Dado que él, como me consta, no tenía a nadie, tenía que someterse sin condiciones a sus dominadores, en efecto, no le era posible escaparse sencillamente. Pero la verdad es que, sin duda, los médicos lo empujaron conscientemente y, al mismo tiempo, totalmente sin conciencia, contra la pared y a la ruina física y, como es natural, lógicamente, también a la ruina intelectual, pero también él *se refugió* en ese final suyo, de forma que, con esa voluntad por ambas partes, que sólo puede calificarse de diabólica, se aceleró su decadencia. No tuve dificultad para reconstruir el desarrollo de ese proceso, no había sido su testigo directo, pero veía esa evolución *ahora*. Traté de entablar conversación con él, pero fracasé, sólo tropecé con su rechazo. En un rincón estaban sus libros, sucios, polvorientos, sin tocar. Aunque hubiese tenido yo ganas de leerlos, me hubiera dado asco tenerlos en la mano. Yo no tenía ninguna gana de leer. Tampoco escribía, ni siquiera una postal. ¿A quién hubiera podido escribir en mi situación? La comida se la daba a cucharadas la enfermera al doctor como a un animal, de mala gana, automáticamente. Tampoco entre la enfermera y el doctor había ninguna conversación. Cuando ella lo desnudaba, él se defendía, y también cuando lo vestía, había manotazos, golpes en la cara, la renuencia del doctor se hacía cada vez más peligrosa, pero la enfermera no se dejaba impresionar, para ella todo aquel asunto sólo podía ser cuestión del plazo más breve. ¿Cuándo llegará el momento de que lo vengán a recoger, se deshagan definitivamente de él, y lo transporten abajo, a Schwarzach, para perderlo de vista? pensaba yo. Su corazón no hacía más que latir, a veces me despertaba, y mi primera mirada era para él, para ver si vivía aún, si el cuerpo que había a mi lado estaba ya muerto. Notaba la decepción de la enfermera por el hecho de que el doctor viviera aún, de que estuviera aún allí. Probablemente también ella, cuando entraba muy de mañana en la habitación, sólo tenía ante todo ese pensamiento, si el doctor no estaría quizá ya muerto y el problema del doctor no sería ya problema. Descorría las cortinas y se ponía a trabajar, preparaba las toallas, echaba agua en el lavabo y levantaba al doctor y lo transportaba hasta el lavabo. Yo pensaba que *ahora* habría preferido estar alojado en la gran sala de doce, en el segundo piso, y no aquí en la solana con el doctor, echaba en

falta la sala de doce, porque al fin y al cabo tenía que considerar a la solana mucho peor, allí arriba, en el segundo piso, había estado con personas de mi misma edad, aquí con un hombre, según me parecía, ya viejísimo, que había apurado su vida, y cuya fealdad y brutalidad aumentaban de hora en hora, por otra parte, consideraba una distinción que *se me permitiera* estar con aquel hombre, con el horrible, el repulsivo, al que admiraba francamente, incluso reverenciaba, porque era como era porque era el rechazado, el odiado, el apartado. Parecía como si todos esperasen que el doctor desapareciera, pero todavía no había llegado el momento, tenían que tener paciencia aún. La visita médica consideraba al doctor nada más que como molesto, sencillamente no se ajustaba a su concepción. Tampoco conmigo estaban contentos, porque tenían que saber que yo sabía que, no sin culpa sino culpablemente, me habían hecho un diagnóstico equivocado, llevándome al borde de la destrucción, me habían dado de alta como curado precisamente en el momento en que tenía un gran agujero en el pulmón, y habían tenido que volver a admitirme. Tenían dos motivos para ponerme con el doctor, el primero, que mi estado les parecía realmente *peligroso, amenazador, incluso mortalmente amenazador*, y el segundo que no se les ocultaban *mi reserva, mi desconfianza, incluso mi odio hacia ellos*, también yo era a sus ojos *un intolerante, un rebelde*. Había seis o siete solanas, la mitad de ellas ocupadas por los llamados privilegiados que, sin embargo, casi nunca llegué a ver, en cualquier caso tuve siempre la impresión de que aquellas personas tenían pánico de relacionarse con los restantes enfermos, es decir, con nosotros, y se podía ver en su rostro el tormento que sentían porque tenían que utilizar el retrete común del pasillo. Iban mejor vestidos y se esforzaban por hablar mejor cuando hablaban, pero casi no conversaban en absoluto, en cualquier caso no con mis iguales. Aquí oía una y otra vez diversos títulos, *Señor Consejero, Señora Consejera*¹, *Señor Profesor y Señora Condesa*, los recuerdo aún. Las enfermeras se afanaban con una solemnidad que me era antipática allí donde se alojaban aquellos títulos y sus portadores, protegidos, dejados en paz, mimados incluso. Cuando las enfermeras venían a nuestra habitación desde las solanas de la llamada gente bien, sus expresiones se ensombrecían, su forma de hablar era totalmente distinta, una forma que no se esforzaba ya en ser distinguida, sino nada más que grosera, baja, brutal. A aquellas habitaciones llevaban platos muy distintos, con una presentación muy distinta, más costosa. Allí llamaban a la puerta antes de entrar, a nuestra puerta no llamaban, entraban simplemente. Yo no había previsto una dificultad, aunque hubiera tenido que resultarme evidente: antes de mí, en Grafenhof no habían tenido ningún neumó abdominal, sólo conocían el neumoperitoneo como concepto, hasta entonces sólo lo habían tenido en las revistas, pero ahora se les regalaba. Yo mismo tuve miedo cuando el ayudante tuvo que inyectarme aire, cuando llegó el momento de ir a la consulta con ese fin. Afirmó no haber inyectado nunca aire en un neumó abdominal, aunque entretanto sabía cómo había que hacerlo. No tuve otro remedio que decirle al ayudante lo que tenía que hacer. Preparó el aparato siguiendo mis indicaciones, lo acercó todo a mí, y esperé. No ocurrió nada. El ayudante no se atrevía. Entonces tuve que tomar la iniciativa. Le ordené expresamente que apoyara la aguja en mi abdomen *y, con toda su fuerza*, ésas fueron mis palabras, me perforara el abdomen. No debía titubear ni un momento, porque si no los dolores serían espantosos y todo se convertiría en una carnicería. Yo sabía que el ayudante, hijo de un funcionario de un Ministerio vienés, muy crecido y arrogante en todos los aspectos, era apocado y melindroso cuando había que actuar. Tenía que armarse de valor *y lanzarse sobre mí con todo el peso de su cuerpo*, perforándome la pared abdominal, dije, y le expliqué cómo lo había hecho el médico jefe del hospital del *Land* de Salzburgo. Ahora bien, el ayudante era, realmente, el menos capacitado para un acto de fuerza, a diferencia del atlético médico jefe de Salzburgo, que sólo necesitaba aplicar brevemente su peso para atravesarme con la aguja el abdomen, a través de todas las

¹ En Austria es frecuente dar a la mujer el título del marido. (*N. del T.*)

capas abdominales de una vez. Como era de esperar, el primer intento fracasó, y yo me estremecí de dolor, inmediatamente brotó la sangre de la herida inútilmente abierta. Sin embargo, no quedaba otro remedio que inyectar el aire. De forma que hubo que hacer un segundo intento, realizado de una forma tan de aficionado, que grité y la gente se congregó fuera en el pasillo. Aquel aficionado sólo había podido perforar mis capas abdominales a empujones y poco a poco, torturándome de una forma totalmente inútil. Estaba allí sin embargo como si el proceso le hubiera salido bien, y comprobó satisfecho que el aire podía penetrar en mi abdomen y repartirse por él, el mecanismo funcionaba, el aparato lo confirmaba en sus indicaciones, se oía al aire entrar a raudales, y vi cómo el ayudante había vuelto a recuperar en el rostro la arrogancia de la que transitoriamente había prescindido. Sin embargo, él era el más sorprendido de que la operación hubiera tenido éxito. Me quedé un rato echado y luego me volvieron a llevar a la solana. Nunca había sangrado tan abundantemente después de la inyección de aire, durante días enteros tuve dolores en la pared abdominal y temí una inflamación, sentía desconfianza hacia el instrumental médico que se utilizaba en Grafenhof, porque la limpieza no era aquí un mandamiento. Pero no se produjo ninguna inflamación. Los dolores disminuyeron. La próxima vez saldrá bien, me dije. Y a partir de entonces la inyección de aire salió bien. Un neumó abdominal así podía tenerlo un paciente cinco años o más, me habían dicho, y me preparé para ello. Cada vez, después de la inyección de aire, cuando podía levantarme otra vez por mí mismo y andar, me colocaban tras la pantalla de rayos y me reconocían. Después de haber tenido éxito con las otras inyecciones de aire, el ayudante se sentía no poco orgulloso, había ampliado su ciencia con algo nuevo. Yo no escatimaba medios para poder salir por fin otra vez de la habitación, practicaba sin cesar una especie de autogimnasia desesperada, y realmente el momento en que pude salir al aire libre llegó antes de lo que esperaba. Di una vuelta por los edificios del establecimiento, y amplí el radio, incluso estuve ya en condiciones de llegar a los límites extremos. Lo que más me hubiera gustado hubiera sido ir a la localidad, *al pueblo*, como decíamos, pero eso les estaba severamente prohibido a los enfermos. Un día no me atuve ya a la prohibición y fui al pueblo (St. Veit). Desde luego, los habitantes me miraban con fijeza y, naturalmente, me identificaron también en seguida como paciente del establecimiento, pero la gente no parecía considerar la vista de los enfermos de pulmón como sensacional ni como amenaza. Mi debilidad general hizo que, apenas había entrado en el pueblo, me diera la vuelta, la libertad me resultaba demasiado fatigosa, no tenía otro deseo que volver lo antes posible al establecimiento y estar en mi habitación, para poder meterme bajo mi manta. Pero le había cogido el gusto, y repetí mis expediciones al pueblo, en secreto, con conciencia de que arriesgaba el castigo más horrible y de más graves consecuencias por parte de la dirección del establecimiento, traspasaba los límites y hacía en el pueblo pequeñas compras, una vez me compré lápiz y papel, otra vez un peine, un cepillo de dientes nuevo, para más no llegaban mis finanzas, que sólo consistían en el llamado subsidio de enfermedad, que me pagaba la asistencia social, no ya el seguro de enfermedad que, desde hacía tiempo, me había *suspendido los pagos*, según la expresión correcta, tampoco de mis gastos de hospitalización se hacía cargo ya entonces el seguro de enfermedad, sino la asistencia social. Todas las tardes me sentaba en un banco en el parquecillo que había entre el edificio principal y el adyacente. Con un libro, me apartaba de forma totalmente consciente de mí y de mi entorno, a Verlaine, Trakl, Baudelaire los leí allí. Parecía haber comenzado un período de calma. Entonces descubrí un día, en la sección de *Fallecidos* del periódico que me había llevado a aquel banco, la noticia: *Herta Pavian, 46 años*. Era mi madre. Se llamaba *Herta Fabjan*, no había duda, el *Pavian* se debía a haber oído mal el periódico, que diariamente se hacía comunicar por teléfono, para aquella sección escondida pero ávidamente leída, los fallecidos del día. ¡*Herta Pavian!* Corrí a mi habitación y le dije al doctor, que yacía medio muerto en su cama, que mi madre había

muerto y que su muerte había aparecido con el nombre de *Herta Pavian*, en lugar de con el verdadero de *Herta Fabjan*. *Herta Pavian, 46 años*, decía yo una y otra vez para mí, *Herta Pavian, 46 años*. Pedí permiso para ir a Salzburgo para el entierro, y me dieron ese permiso. El deseo de mi madre de ser enterrada en el pueblo de Wallersee en el que había podido pasar su infancia con sus tías se cumplió. Llegué al piso vacío, que me había imaginado ya antes de su muerte. En su excitación, los míos se habían olvidado de comunicarme la muerte de mi madre, ahora yo estaba allí, por lo tanto, no había nada que reprochar. En el zaguán colgaban todavía los vestidos de mi madre, en todas las habitaciones se habían amontonado montañas de ropa sucia. Ella, dijo su marido, *había muerto ante sus ojos, con plena conciencia*. Muy de mañana, él le había dado té, habían hablado. De pronto se había puesto pálida desde la frente. *Se había vaciado*, dijo su marido, mi tutor. El último sorbo caliente había hecho estallar la aorta. Ahora yo pasaba la noche en la habitación mortuoria de mi madre. Al parecer, la habían envuelto en un lienzo blanco, y la habían puesto en un ataúd de madera blanda, como a mi abuelo. El entierro en Henndorf, en el pequeño cementerio del pueblo, congregó a cientos de personas. Mi madre había sido religiosa toda su vida, consideraba a la Iglesia con reserva, pero al mismo tiempo con respeto. Quería un entierro católico. Cuando llegamos a Henndorf, el ataúd estaba todavía en la cámara mortuoria, pequeña y blanqueada. Mozos del campo, parientes, según dijeron, la llevaron a la iglesia. Después de la misa de difuntos, aquellos cientos de personas, en su mayoría parientes, como me dijeron, pero que me eran totalmente desconocidos, formaron un largo cortejo fúnebre. Mientras iba con mi abuela y mi tutor detrás del ataúd, me dio de pronto un ataque de risa, con el que había tenido que luchar durante toda la ceremonia. Una y otra vez oía la palabra *Pavian*¹ por todos lados, y finalmente me vi obligado a dejar el cementerio antes de que acabase la ceremonia. ¡*Pavian!* ¡*Pavian!* ¡*Pavian!* resonaba en mis oídos, y huí a la desesperada y sin los míos del pueblo y me dirigí a Salzburgo. Me acurruqué en un rincón del piso y esperé, profundamente asustado, el regreso de los míos. Al día siguiente volví a Grafenhof, donde pasé unos días en cama, con la manta sobre la cabeza, no quería ver ni oír nada. Sólo el plazo inaplazable de la próxima inyección de aire en mi neumoperitoneo me hizo atender de nuevo a razones. Ahora lo he perdido todo, pensaba, ahora mi vida se ha vuelto completamente sin sentido. Me acomodé al transcurso de la jornada, dejé que me ocurriera todo, fuera lo que fuera y de la forma en que viniera, me sometí totalmente. Sólo dejaba que todo se me acercara cuando no me resultaba preciso, sólo impreciso, sólo borroso lo soportaba. Pasé varias semanas en ese estado. Un día me desperté y vi que sacaban de la habitación al doctor, que había muerto durante la noche sin que yo me diera cuenta. Un nuevo enfermo ocupó poco después su cama. Apenas había conocido al recién llegado, cuando me trasladaron de pronto arriba, al segundo piso, a una de las habitaciones del sur, ocupadas siempre por tres enfermos. Por qué me trasladaron, no lo sé. Desde allí arriba tenía una amplia vista sobre el alto valle, desde el negro Heukareck hasta las montañas de tres mil metros cubiertas de nieve en el oeste. Esa perspectiva de la casa me había sido desconocida hasta entonces. Mi estado general mejoró a partir del momento en que me trasladaron al segundo piso, como si hubiera salido de una cámara mortuoria. ¿Qué era lo que había provocado el traslado? Lo pregunté, pero no obtuve respuesta. Ahora tenía que ir otra vez a la galería de reposo, eso no tenían que hacerlo los pacientes de las solanas, tenía mayor libertad de movimientos, veía otra vez a personas distintas de mí, porque mientras estuve en la solana sólo me había visto a mí mismo, sólo me había ocupado de mí mismo, incluso cuando me ocupaba del doctor, me ocupaba en el fondo sólo de mí mismo. Ahora me ocupaba otra vez de otros, de bastantes otros, de muchos otros. Estaba en evolución ascendente, sin duda alguna. Exactamente como los recordaba estaban allí echados, apáticos, hastiados de la vida, colocados en fila, y cumplían su

¹ *Pavian* significa en alemán «babuino». (N. del T.)

obligación suprema, escupiendo en sus botellas de escupir. Ahora no tenía la tercera tumbona empezando por el final, sino la tercera empezando por el principio. Desde aquí podía mirar al pueblo de abajo, tenía la firme intención de burlar *diariamente* el reglamento de la casa, de ir al pueblo *diariamente* con todo secreto y habilidad, tenía que quebrantar las leyes de Grafenhof para mejorar mi estado. De repente no quise sólo mejorar mi estado, sino que me fijé la pretensión más alta: quería recuperar la salud. Esa decisión me la guardé, la protegí como mi más profundo secreto. Sabía que aquí sólo reinaban el impulso de extinguirse, la disposición para la muerte, el deseo de muerte, y por consiguiente tuve que mantener secretos mi disposición para la vida, recién despertada, mi deseo de vida, no debía traicionarme. Así engañaba al mundo que me rodeaba, uniendo mi voz a su coro de tristeza y muerte lenta, y sin embargo, en mi corazón y en mi alma, me oponía a ello con todos los medios de que disponía. Tuve que resignarme a ese engaño, para poder guardar mi secreto. En adelante existí en un estado de mentira y de teatro. Tenía que pensar en salir de aquí, y pronto. Sin embargo, para ello tenía que tener fuerzas para quebrantar las leyes que aquí imperaban y que, por cierto, imperaban absolutamente, vivir de acuerdo con mis propias leyes, cada vez más de acuerdo con las mías propias, cada vez menos de acuerdo con las que me imponían. Seguir el consejo de los médicos sólo hasta un grado determinado y útil, no más allá, todo consejo sólo en la medida en que podía serme útil, y sólo cuando lo había puesto a prueba. Tuve que tomarme a mí mismo otra vez en mis manos y, sobre todo, en mi cabeza, y prescindir radicalmente de todo lo que me perjudicaba. Lo perjudicial era lo médico, el sistema imperante en el establecimiento, todo mal procede de los profesionales de la medicina, había pensado, tenía que pensar así en mi propio interés, y había llegado otra vez el momento de pensar sólo en mí, si quería avanzar. Por una parte, la estancia en Grafenhof era necesaria, indispensable, el aparato médico y clínico era requisito necesario para mis progresos hacia la curación, tenía que usar ese aparato médico y clínico, pero no dejar que abusara de mí. Yo exigía de mí la máxima atención, sobre todo un control de los médicos más agudo aún. Superficialmente me sometía al reglamento de la casa, al poder médico, bajo esa superficie, lo combatía donde se podía combatir, en provecho mío. Para ello no me faltaba experiencia, ni cautela, ni ciencia. *Yo* tenía que dirigir a aquellos médicos y a sus peones, no a la inversa, y eso no era fácil. Así, totalmente por mí mismo, me había puesto fuera de las leyes que reinaban en Grafenhof. Cada minuto libre lo empleaba en una vigilancia reforzada de aquel aparato de salvación que, si se abandonaba esa vigilancia o se cedía en ella aunque fuera un tanto, podía convertirse en aparato de perdición. Para la mayoría de los de Grafenhof, ese aparato de salvación era un aparato de perdición, porque su ignorancia, por una parte, y su letargia, por otra, eran demasiado grandes. Pronto lo tuve todo controlado, daba igual que se tratase de alguno de los reconocimientos reiterados o de juzgar a los que realizaban esos reconocimientos. No se me escapaba nada, por lo menos nada esencial. *Yo* decidía cuanta estreptomocina tenía que recibir, no los médicos, pero les dejaba creer que *ellos* lo decidían, porque si no me hubieran salido las cuentas, a todos mis atormentadores les dejaba creer que eran ellos los que decidían lo que iba a ocurrir, cuando sin embargo a partir de ahora sólo ocurría lo que yo decidía, lo siniestro de mi forma de actuar me pasmaba a mí mismo, el que pudiera traducir mis concepciones en hechos, el que pudieran salirme las cuentas. Había logrado una habilidad inaudita en esos efectos de engaño. Cuando opiné que tragar aquellas enormes cantidades de PAS no tenía ya sentido para mí, los médicos decidieron que no tomase más PAS, aunque era yo quién lo había suspendido, tenía mi truco. Yo decidía también la toma de todos los demás medicamentos, que finalmente reduje al mínimo, asqueado por el montón de química aniquiladora que había tragado ya entretanto, de forma criminal, aturdida, según me parecía ahora. *Yo* decidía cómo había que perforarme la pared abdominal, cómo había que introducir el aire, pero el ayudante tenía la sensación de que *él* se

daba sus órdenes, cuando había sido yo quien le daba órdenes a él. El contacto con mi hogar había quedado completamente roto, no sabía ya nada de los míos, creo que no me interesaba en absoluto lo que pasaba allí. No me escribían, aunque hubieran podido escribirme, porque ahora no tenían ninguna excusa para no hacerlo, después de que los muertos, que se lo habían impedido, estaban enterrados, tenían sus motivos, no recibía ningún correo, ni lo esperaba. Me sumí en Verlaine y Trakl, y leí *Los Demonios* de Dostoievsky, no había leído antes en mi vida un libro de aquella insaciabilidad y radicalismo ni, en general, un libro tan grueso, y me aturdí, durante algún tiempo me disolví en aquellos demonios. Cuando volví otra vez, no quise leer otra cosa en algún tiempo, porque estaba seguro de caer en una inmensa decepción, en un espantoso abismo. Rehusé durante semanas toda lectura. La monstruosidad de los Demonios me había dado fuerzas, mostrado un camino, dicho que estaba en el verdadero camino, *hacia afuera*. Había sido afectado por una obra literaria salvaje y grande, para salir de ella yo mismo como héroe. No ha sido frecuente en mi vida ulterior que la literatura tuviera un efecto tan monstruoso. Intenté, en hojitas que me había comprado en el pueblo, conservar por escrito determinadas fechas que me parecían importantes, puntos decisivos de mi existencia, temía que lo que ahora era tan preciso pudiera hacerse borroso y perderse de pronto, que de pronto no estuviera ya allí, no tener ya fuerzas para salvar los acontecimientos, monstruosidades, ridiculeces, etcétera, decisivos de las tinieblas del olvido, intenté salvar en aquellas hojas lo que había que salvar, sin excepción todo lo que me parecía digno de ser salvado, aquí tenía mi forma de actuar, mi propia infamia, mi propia brutalidad, mi propio gusto, que no tenían nada en común con la forma de actuar y con la infamia y brutalidad y con el gusto de los otros. ¿Qué es importante? ¿Qué es significativo? Creía que tenía que salvarlo todo del olvido, sacándolo de mi cerebro y llevándolo a las hojas, que en definitiva fueron cientos de hojas, porque no tenía confianza en mi cerebro, había perdido la confianza en mi cerebro, había perdido la confianza en todo, y por consiguiente también la confianza en mi cerebro. Mi pudor para escribir poemas era mayor de lo que había pensado, de forma que prescindí de escribir un solo poema. Intenté leer los libros de mi abuelo, pero fracasé, entretanto había vivido demasiado, había visto demasiado, y los aparté. Tenía en los Demonios lo que me correspondía. Busqué en la biblioteca del establecimiento otros monstruos, pero no había otros. Resulta superfluo enumerar los nombres de aquellos cuyos libros abrí y volví a cerrar en seguida, porque tenían que repelerme con su mezquindad y su indignidad. La literatura, salvo los Demonios, no me decía nada, pero, pensé, seguro que hay otros Demonios. Esos, sin embargo, no debía buscarlos en la biblioteca del establecimiento, que estaba repleta de mal gusto y estupidez, de catolicismo y nacionalsocialismo. Sin embargo, ¿cómo podía encontrar otros Demonios? No tenía otra posibilidad que dejar Grafenhof tan pronto como fuera posible y, en libertad, buscar mis Demonios. Ahora tenía otro nuevo estímulo para salir. Cuando me colocaba tras la pantalla de rayos, quería oír ya que mi estado había mejorado, y realmente mi estado mejoraba de un reconocimiento a otro. Ahora hacía ya excursiones más allá del pueblo, conocí los alrededores, lo que siempre me había parecido tan sombrío y repulsivo, de pronto no lo era ya de aquella forma tan aturdidora y aniquiladora, las montañas, que siempre me habían parecido feas, amenazantes, no lo eran ya. Las personas que me habían parecido monstruos no lo eran ya. Tenía la posibilidad de aspirar más profundamente y más profundamente aún y cada vez más profundamente. Encargué, aunque eso se tragaba casi todo mi dinero de la asistencia social, una vez por semana el «Times», para refrescar, renovar, ampliar mis conocimientos de inglés, y al mismo tiempo seguir los acontecimientos en un mundo que se transformaba a velocidad vertiginosa. De repente me atreví a hablar a la organista del pueblo, y me puse de acuerdo con ella para una hora de canto en la iglesia, y después de haberme acompañado al órgano no una hora sino tres, había cantado cantatas de Bach, el

libro de canciones de Anna Magdalena y demás, su deseo había sido que a la semana siguiente cantase el solo de bajo en la misa (de Haydn) del domingo por la mañana. Mi neumo abdominal lleno a reventar, mi neumoperitoneo necesario para mi existencia no me había impedido, después de ese solo, cantar regularmente en las misas las partes de bajo; durante la semana, como es natural siempre en secreto, es decir, a espaldas de los médicos, me había reunido con la organista en la iglesia para hacer música juntos, estudiábamos los grandes oratorios de Bach, de Händel, descubrí a Henry Purcell, canté el Rafael de la Creación de Haydn. No había perdido la voz, al contrario, de semana en semana mi instrumento mejoraba, incluso lo perfeccionaba, y yo era insaciable e inflexible al reclamar esas horas de música en la iglesia. Ahora estaba otra vez en el buen camino, en contra de todas las advertencias: ¡La música era mi destino! Sin embargo, el descubrimiento de mis idas secretas a la iglesia del pueblo, de mi canto en la iglesia, y por añadidura con toda publicidad, sin miramientos, sin preocuparme, no quedaron mucho tiempo ocultos, yo mismo había tenido que traicionar aquella *completa locura* mía. Los médicos me llamaron a capítulo, intentaron explicarme que aquellos cantos, con mi neumoperitoneo, podían significar también mi muerte súbita, y me amenazaron con la expulsión. Se me prohibieron estrictamente las visitas al pueblo. Sin embargo, yo no tenía ya fuerzas para someterme a una prohibición, la que fuera, no hubiera podido existir sin ese ejercicio práctico de la música, de forma que quise marcharme de Grafenhof, tan pronto como fuera posible y *a todo trance*. La verdad es que el cantar durante semanas no me había debilitado, al contrario, había mejorado tanto mi estado general, que podía creer ya que recuperaría la salud por esa vía musical, los médicos consideraban eso absurdo y me calificaban de loco. El ejercicio práctico de la música era, de repente, mi entrenamiento para la vida. Sin embargo, no me atreví ya a ir al pueblo, en cualquier caso no ya con un fin musical práctico, hablé de mi desgracia con mi organista, vienesa, artista salida del conservatorio, profesora, que había llegado durante la guerra a Grafenhof y, con ello, directamente a la enfermedad pulmonar, y se había quedado en el pueblo. En adelante, fue mi interlocutora más querida, mi nueva profesora, mi único sostén. Siempre que podía, la visitaba. Pero no nos atrevíamos ya a hacer música, habíamos cogido miedo a nuestro propio coraje, a nuestro *valor temerario*. Así, ante la amenaza de los médicos, nuestro objetivo se convirtió de música práctica en música teórica. A la menor oportunidad, huía del establecimiento y me apresuraba a ir al llamado asilo de pobres, en el que se alojaba mi nueva profesora, en una habitación de madera en el desván, como en un escondite, que de repente se convirtió también para mí en escondite absoluto. En aquella habitación me encontré otra vez a mí mismo, encontré las condiciones para mi existencia. Un día entré en la galería de reposo y no di crédito a mis ojos: junto a mi tumbona se había situado mi amigo el director de orquesta, había llegado aquel mismo día y había querido sorprenderme. También él, por lo que sé, había sido dado de alta en Grafenhof muchos meses, un año antes, y entretanto había pasado una odisea sin igual. Después de haber salido, había hecho una excursión por las playas del Adriático y cometido el crimen más estúpido que puede cometer un enfermo del pulmón, se había echado en la arena y al sol. El, que había ido a Italia en motocicleta, había tenido que ser devuelto a Austria en ambulancia. En una operación complicada, le abrieron, en una clínica de Viena, la caja torácica, y hubo que extirparle por completo el lóbulo pulmonar derecho. Ahora, como la mayoría en Grafenhof, llevaba en la espalda la marca de los llamados tubis, una cicatriz plástica desde el hombro a la pelvis. No había creído que pudiera sobrevivir, él mismo se maravillaba de estar aquí. Nos informamos mutuamente, y como es natural no fue nada agradable. Pero su relato no tuvo fuerza para hacerme vacilar en mi decisión de recuperar la salud. Al contrario, yo era ahora su modelo. Ya no sé cuántos meses estuve aún con él en Grafenhof, tampoco él lo sabe ya hoy, quizá fuera más de un año. Se podría averiguar fácilmente, pero no tengo ganas de echar al calendario la ojeada necesaria para ello.

¿Cuánto tiempo estuve en realidad en Grafenhof? y: ¿cuándo fui dado de alta definitivamente? Ya no lo sé. No quiero saberlo ya. Un día pedí mi alta, porque opinaba que había llegado el momento, pero los médicos no querían dejarme marchar. Sin embargo, desde hacía tiempo, siempre con mi neumoperitoneo, en lugar de dar vueltas en la cama con melancolía, había realizado de noche excursiones en trineo bajando a la depresión de Schwarzach, y llegando por las cañadas a las calles oscuras y despobladas. Cuando la enfermera de noche había dicho sus buenas noches y apagado la luz, yo me levantaba y desaparecía. Había alquilado en el pueblo un trineo y, durante el día, lo escondía detrás de un árbol; me sentaba en él y me precipitaba hacia abajo. Quería irme, de forma que me fui, fui yo quien decidió mi alta, aunque los médicos habían tenido entonces la sensación de que *ellos* me habían dado de alta. Tuve que desaparecer, para no ser triturado definitivamente, es decir, para siempre, en aquel perverso molino de perdición. *¡Lejos de los médicos, fuera de Grafenhof!* Salí un frío día de invierno, antes de tiempo, *a mi propio riesgo*, como tuve que decirme, después de haberme despedido de todos los que había que tener en cuenta a ese respecto. Arrastré mi saco de marino hasta el pueblo, subí al autobús y bajé a Schwarzach. Desde allí, dos horas más tarde estaba en casa. No me esperaban, la sorpresa fue un choque para los míos. No era ya contagioso, pero distaba mucho de estar curado. Me acogieron y me alimentaron durante cierto tiempo, de acuerdo con sus posibilidades. Tenía que buscar un empleo, y eso era difícil, porque no sabía qué podía hacer. Ni la profesión de comerciante ni el canto entraban en consideración. De forma que especulé varias semanas sin éxito y, en esa situación sin salida, aprendí a odiar de nuevo a la ciudad de Salzburgo y a sus habitantes. Visité muchas empresas, pero no era ya capaz de entrar en una empresa, no porque estuviera enfermo todavía, sin duda hubiera podido trabajar, incluso con mi neumo abdominal, pero sencillamente ya no quería. Todo trabajo, todo empleo me repelía profundamente, me asqueaba la estupidez de los trabajadores, de los empleados, veía todo lo que había de repugnante en los empleados y en los trabajadores, su absoluta falta de sentido y de finalidad. Trabajar, estar empleado, sólo para poder sobrevivir, eso me asqueaba, eso me repugnaba. Cuando veía seres humanos, iba hacia ellos, para retroceder ante ellos espantado. El problema era mi escasa pensión de la asistencia social, cuando la recogía en la oficina de la asistencia social en la Mozartplatz me avergonzaba. Yo tenía tantas capacidades, salvo la única de realizar un trabajo regular, como suele decirse. Todas las semanas tenía que visitar al especialista de pulmón que tenía su consulta en la Saint-Julien-Strasse y que todavía hoy tiene allí su consulta, había que llenar de aire mi neumo; en el fondo, ansiaba ahora esa distracción, porque en aquel especialista de pulmón había encontrado ahora de nuevo mi único interlocutor útil, un hombre con el que podía desahogarme. También su ayudante me resultaba simpática. No sé ya por qué razón, pero posiblemente otra vez por razón de mi indiferencia, había dejado pasar una vez la fecha de llenar de aire el neumoperitoneo. En lugar de ir, como estaba prescrito, a los diez días, no fui hasta tres o cuatro semanas después a mi especialista del pulmón. No le había dicho que me había excedido del plazo, me eché y él me inyectó aire como de costumbre. La consecuencia fue una embolia. El médico y su ayudante me pusieron cabeza abajo y me abofetearon. Ese método, practicado en mí sobre la marcha, me salvó la vida. Ahora tenía diecinueve años bien cumplidos, había echado a perder mi neumoperitoneo y en un momento había llegado al punto de tener que ir de nuevo a Grafenhof. Pero me negué y no volví más allí.

PANORAMA DE NARRATIVAS

20. **Patricia Highsmith**, Crímenes imaginarios
21. **Eudora Welty**, Una cortina de follaje
22. **Patricia Highsmith**, El juego del escondite
23. **Gesualdo Bufalino**, Perorata del apestado
24. **Grace Paley**, Enormes cambios en el último minuto
25. **Salvatore Satta**, El día del juicio
26. **Colette**, Dúo
27. **Patricia Highsmith**, Extraños en un tren
28. **Andrzej Kusniewicz**, El rey de las Dos Sicilias
29. **Jean Rhys**, Los tigres son más hermosos
30. **Patricia Highsmith**, Tras los pasos de Ripley
31. **François-Olivier Rousseau**, El hijo del astro
32. **Patricia Highsmith**, Un juego para los vivos
33. **Carmelo Samonà**, Hermanos
34. **Ivy Compton-Burnett**, Criados y doncellas
35. **Clive Sinclair**, Corazones de oro
36. **Jane Bowles**, Placeres sencillos
37. **Joseph Roth**, La noche mil dos
38. **Patricia Highsmith**, Rescate por un perro
39. **Mario Brelich**, El navegante del diluvio
40. **Antonio Tabucchi**, Dama de Porto Pim
41. **Thomas Bernhard**, El origen
42. **John Fowles**, El Mago
43. **Tillie Olsen**, Dime una adivinanza
44. **Barbara Probst Solomon**, Vuelos cortos
45. **Ivy Compton-Burnett**, Una herencia y su historia
46. **Tom Wolfe**, Elegidos para la gloria
47. **Julien Gracq**, Los ojos del bosque
48. **Pierre-Sébastien Heudaux**, Nuestros placeres
49. **Evelyn Waugh**, Decadencia y caída
50. **Robert Penn Warren**, Todos los hombres del rey
51. **James Purdy**, Malcolm
52. **Andrzej Kusniewicz**, La lección de lengua muerta
53. **Thomas Bernhard**, El sótano
54. **Patricia Highsmith**, Gente que llama a la puerta
55. **Giorgio Manganelli**, A los dioses ulteriores
56. **Peter Schneider**, El saltador del muro
57. **Walter Abish**, Tan alemanes
58. **Robert Coover**, Azotando a la doncella
59. **Sam Shepard**, Crónicas de motel
60. **Guido Morselli**, Divertimento 1889
61. **Antonio Tabucchi**, Nocturno hindú
62. **Hans Magnus Enzensberger**, El filántropo
63. **Thomas Bernhard**, El aliento
64. **Evelyn Waugh**, ¡Noticia bomba!
65. **Patricia Highsmith**, Sirenas en el campo de golf
66. **Ronald Firbank**, Las excentricidades del cardenal Pirelli
67. **Clive Sinclair**, Chinchas
68. **Barbara Pym**, Mujeres excelentes
69. **Ivy Compton-Burnett**, Padres e hijos
70. **Evelyn Waugh**, Merienda de negros
71. **Eudora Welty**, El corazón de los Ponder
72. **Thomas Bernhard**, El frío

En este volumen, cuarto de su autobiografía, Thomas Bernhard, tras haber pensado una vez más en abandonarse a la enfermedad, reanuda la lucha.

Observador implacable, testimonia en contra de la injusticia del destino, la tiranía y la vanidad de médicos incompetentes y la iniquidad en el tratamiento de los enfermos. En sus largas horas de inmovilidad, trata de elucidar el misterio de su personalidad y la parte que corresponde a sus ancestros y, sobre todo, a su padre, un tipo atravesado del que nunca sabrá nada. Su pasión por la música contribuye a su restablecimiento. Un día, los médicos de Grafenhof le dan permiso para salir.

Las reglamentaciones sanitarias y los cuidados que su estado exige le impiden un destino de empleado. Tampoco puede pensar ya en ser cantante: tiene que escribir o reventar.

El frío es algo más que el simple relato de la odisea de un enfermo entre hospitales, casas de reposo y sanatorios.

Thomas Bernhard se subleva, se subleva contra el hecho mismo de estar en el mundo, se subleva contra la arbitrariedad y la indiferencia de los que tienen el poder médico, se subleva contra la desigualdad en la enfermedad. Sólo la música y la literatura le unen a la vida, y ese período sombrío de su autobiografía no es únicamente un cuadro del mundo de los sanatorios y hospitales, sino también una escuela de voluntad.

Esta atroz «Montaña mágica» de un hombre pobre deja una impresión indeleble gracias a la fuerte personalidad de un escritor que escribe con lenguaje inimitable.